

OJO

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

SUMARIO:

La trágica epopeya del trabajo humano, Lucien Laurat.—Los principios y las bases de la sociedad nueva, Pierre Besnard.—Literatura sobre la huelga general, René Michaud.—Notas históricas y actuales sobre el trabajo en Galicia, S. Montero Díaz.—Una página de mi vida, Juan Grave.—El paro forzoso aumenta la criminalidad, M. C.—La jornada de trabajo en el Sureste de España, Gonzalo de Reparaz (hijo).—El valor de los bienes y humano: La ruina del Sureste de España, Gonzalo de Reparaz (hijo).—El valor de los bienes y del trabajo (Ensayo histórico), Christian Cornelissen.—Esclavos... un crimen social de nuestros días, Miguel Alejandro.—La crisis, los bajadores y el movimiento sindical. Consecuencias de la crisis: el paro forzoso, A. Rossi.—El trabajo en la escuela: La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril, Julio Noguera.—Revisiones: El trabajo como carácter sexual, Luis Huerta.—Técnicos del futuro, A. F. Joffe.—Libros.

Nº

3

1 PTA

ENAU

SUMARIO DEL NÚMERO

1 *El sentido humano de la economía*, Marín Civera.—*Las leyes de la economía capitalista y las crisis*, Lucien Laurat.—*La eugénica ante la crisis económica mundial de hoy y sus previsiones para el futuro*, Luis Huerta.—*Presente y futuro del Sindicalismo*, Angel Pestaña.—*El paro mundial alcanza aproximadamente a 30 millones de obreros*.—*La cultura y los hechos económicos*, Ramón J. Sender.—*¡Momento decisivo!*, Pierre Besnard.—*La moral en relación con la crisis económica*, Joaquín Noguera López.—*Aspectos internacionales de la cuestión agraria*, V. Orobón Fernández.—*Fundamentaciones de la crisis actual del Arte*, José Renau.—*La crisis religiosa y la influencia económica en el catolicismo romano*, Matías Usero.—*Evolución individual y colectiva del médico*, Isaac Puente.—*Hacemos llamamiento...*, Romain Rolland.—*Teoría de las crisis*, A. Minard.—*La crisis del capitalismo*, Christian Cornelissen.—*Libros*, G. Bel.

SUMARIO DEL NUMERO

2 *La construcción racional en la Economía*, Lucien Laurat.—*Cultura y socialismo*, Upton Sinclair.—*Diez años de racionalización*, A. Lafon.—*El factor económico en las Iglesias cristianas del mundo*, Matías Usero.—*La transformación social es ineludible*, Isaac Puente.—*¿Es el socialismo una utopía?*, Henri Barbusse.—*La economía mundial y el problema de la sobrepoblación*, Hildegart.—*El oro en el banquillo de los acusados*, A. Minard.—*Cinema: América y Europa*, José Renau.—*Panorama económico español: Crisis y abandono*, J. Millet Simon.—*Determinismo tecnológico*, Alfonso Martínez Rizo.—*¿Está madura para Hitler la Economía alemana?*, A. Souchy.—*El comunismo libertario, mi credo social*, Christian Cornelissen.—*Una página de mi vida*, Juan Grave.—*Historia de las ideas y de las luchas sociales en España*, Angel Pestaña.—*Fascismo*.—*Libros*.

**El
presente
número
está
dedicado
al
Trabajo**

ORTO

Revista de documentación social

SE PUBLICA UNA VEZ AL MES

SUSCRIPCIÓN

España y América.
Semestre..... 6 pesetas.
España y América.
Un año..... 12 »
Otros países.
Un año..... 13 »

PAGO ANTICIPADO

Dirigir toda la correspondencia a
MARÍN CIVERA
Calle de Luis Morote, 44
VALENCIA (España)

Orto

REVISTA DE DOCUMENTACION SOCIAL

Dirige: MARÍN CIVERA

Gráficos: JOSÉ RENAÚ

Año I Núm. 3

Valencia, mayo 1932

La trágica epopeya del trabajo humano

LA vida es una continua lucha por la existencia. Luchar por la existencia significa: Arrancar a la Naturaleza mineral, vegetal y animal todas las sustancias necesarias para nutrirse, vestirse, alojarse, calentarse, protegerse y para mejorar sus días. Todo animal, incluido el hombre, está sujeto a esta ley y debe someterse a ella si no quiere perecer. El lenguaje humano ha encontrado para esta lucha incesante, que es la ley suprema de toda vida orgánica, una palabra especial: *trabajo*.

El trabajo es el contacto del hombre con la Naturaleza y este contacto es duro y rudo. No es la comunión idílica, cantada y glorificada por los poetas, sino el choque implacable de dos fuerzas enemigas. La Naturaleza es avara de sus riquezas, y no las rinde al hombre más que a cambio de un esfuerzo encarnizado, y lejos de someterse pasivamente a los ataques humanos contraataca a su vez, en forma de animales dañinos, inundaciones, ciclones, erupciones volcánicas, venenos, gusanos y microbios.

El hombre ha conseguido triunfar de la mayoría de estos peligros, o, por mejor decir, triunfa en la actualidad más fácilmente que antes. La lucha continua...

Pero si el hombre ha conquistado hoy cierta ventaja en esta lucha, es porque no combate aislado, sino *colectivamente*. Solo, estaría a la merced de todas las calamidades y de todas las catástrofes; únicamente organizado en *sociedad* ha conseguido librarse hasta cierto punto de la servidumbre con relación a la Naturaleza. Así fué organizado el trabajo en su principio en el seno de cada tribu, y se desarrolló ampliamente hasta la época actual, en que la mayor parte de la población del globo constituye una colectividad, que lucha en común para arrancar a la Naturaleza sus riquezas y para protegerse contra sus ataques.

Los útiles de los agricultores argentinos, los de los plantadores brasileños y los de muchos campesinos indios están hechos con el hierro de Europa o de América y con el cobre del Africa. Los habitantes de Europa y de América con-

sumen los productos arrancados a la tierra en las más remotas regiones del globo.

Sin embargo, al coligarse contra la Naturaleza, la Humanidad se ha forjado unas cadenas bien pesadas de soportar: las *cadenas sociales*. La unión de todos contra la Naturaleza, acompañada de la división del trabajo, ha hecho extremadamente complejas las relaciones entre los hombres, las relaciones sociales.

Una gran parte del género humano ha dejado de estar en contacto directo con la Naturaleza y sólo se ocupa en transformar las materias que otros arrancan a la tierra, al subsuelo, a la fauna y flora; otras gentes ni extraen ni transforman nada: toda su actividad se consagra al transporte de materias, de productos y personas. Otras, en fin, se ocupan únicamente del comercio, de la compra y venta, sin crear ni transportar cosa alguna. Junto a la mayoría que manipula directamente todas estas materias y productos hay gentes que dirigen, coordinan y disponen, tales como ingenieros, técnicos, inventores, directores comerciales, etcétera, cuya actividad es igualmente indispensable para el buen funcionamiento de esta enorme máquina social; y, por encima de estas múltiples categorías que trabajan y no obtienen sus medios de subsistencia más que en la proporción de lo que producen, hay clases sociales que viven sin trabajar (capitalistas, prestamistas y grandes terratenientes) que se benefician con ingresos cuyo volumen no está determinado por el trabajo que proporcionan, sino por el capital que poseen (industriales, comerciantes, banqueros).

La división del trabajo, la especialización de las funciones, ha creado relaciones múltiples y complejas, y se necesita en la actualidad un gran discernimiento para encontrar en la base de las relaciones y pugnas sociales (las luchas entre humanos) la simple lucha del género humano con la Naturaleza.

Hay explotadores y explotados. Están los que trabajan y los que viven sin trabajar, apropiándose del fruto del trabajo de sus semejantes; pero esto no fué siempre así.

En un pasado muy lejano, cuando el hombre, ignorante de la cultura del suelo y obligado a devorar los frutos silvestres, tenía que luchar con la Naturaleza con instrumentos primitivos y que no le permitían más que raramente abatir las apetecidas bestias, el trabajo de un ser humano no dejaba excedente alguno susceptible de nutrir a los ociosos; las tribus salvajes mataban a enfermos e impedidos y se regocijaban de la muerte de los viejos. En esta época, la esclavitud era imposible; el trabajo del esclavo hubiera llegado escasamente a mantener al esclavo, y nada más.

Sólo más tarde, gracias al descubrimiento de armas más eficaces y de instrumentos más perfeccionados, la productividad del trabajo humano se acrecentó, y un ser humano pudo proporcionar un excedente que sobrepasara sus inmediatas necesidades. A partir de este momento fué posible hacer trabajar a los hombres para satisfacer las necesidades de otros hombres; este fué el comienzo de la explotación del hombre por el hombre. La esclavitud, la servidumbre, la explotación capitalista jalonan esta ruta.

Al hacerse dueño de la Naturaleza el hombre se hizo esclavo de su semejante. El aumento de la fuerza productiva del trabajo humano permitió a la Humanidad elevarse por encima del reino animal y convertirse en «humana», pero, al mismo tiempo, permitió a los hombres reducir a otros hombres al estado de animales domésticos. El acrecentamiento de la fuerza productiva del trabajo humano es la historia trágica de la Humanidad, pues en él se encierran todas las bendiciones y todas las maldiciones del trabajo.

Durante millares de años, la productividad del trabajo creció muy lentamente. Desde hace un siglo solamente, después del advenimiento del capitalismo industrial, esta evolución se prosigue con un ritmo vertiginoso; el progreso técnico ha trastornado al mundo y continúa conmoviéndolo. El vapor y la electricidad se han convertido en los animales domésticos de los siglos XIX y XX. El carbón, la nafta, los saltos de agua son las fuerzas motrices esenciales, y el «caballo de vapor» ha devorado al caballo de tiro.

Veamos algunos datos que indican los increíbles progresos realizados desde hace apenas ochenta años :

- 1855 : Aplicación del procedimiento Bessemer a la producción del acero.
- 1856 : Primer color de anilina.
- 1859 : Descubrimiento de la nafta americana; acumuladores eléctricos.
- 1861 : Comienzo de la explotación de los yacimientos de potasa en Stassfurt (Alemania).
- 1867 : Cemento armado; dinamo.
- 1869 : Apertura del canal de Suez.
- 1877 : Teléfono de Bell.
- 1886 : Máquina para el vidrio soplado. Primer motor a bencina Benz-Daimler.
- 1892 : Telegrafía sin hilos.
- 1893 : Primer motor Diessel.
- 1895 : Cinematografía.
- 1900 : Producción de masa de ázoe sintético; hornos eléctricos.
- 1904 : Primer trasatlántico con turbinas de vapor.
- 1906 : Apertura de la estación de T. S. H. en Nauen.
- 1909 : Bleriot atraviesa el canal de la Mancha, en avión.
- 1914 : Primera turbina de gas.
- 1915 : Apertura del canal de Panamá :

Véase otra tabla sugestiva :

	Producción mundial de	
	Mineral de hierro	Carbón
De 1800 a 1870	420	4.446
De 1870 a 1914	1.650	26.000
(Millones de toneladas.)		

La profundidad máxima de los pozos de mina en Renania-Westfalia era de 300 metros, en 1858; de 624 metros, en 1886; de 774 metros, a fines del siglo XIX, y de 1.000 metros, a comienzos del siglo XX.

La productividad media anual de un alto horno inglés era de :

9.000 toneladas en	1870
18.000 » » 	1885
22.300 » » 	1894
90.000 a 100.000 » 	1910-1911

Añadamos que un pequeño alto horno necesitaba, en el siglo XIX, el trabajo de 220 a 250 obreros. Los altos hornos gigantescos de nuestros días no reclaman más que el trabajo de 40 a 70 obreros.

Esta productividad creciente se traduce, por otra parte, en una economía de más en más sensible en materias auxiliares, principalmente en combustible.

Para producir una tonelada de fundición se necesitaban :

3'1	toneladas de carbón en	1870
2'5	»	»	»	»	1875
2'2	»	»	»	»	1881
2'1	»	»	»	»	1889
1'3	»	»	»	»	1914

En la economía mundial se evaluaba así el número de «caballos de vapor:

1870	18,460,000
1880	34,150,000
1896	66,100,000
1911	200,000,000

El aumento es el siguiente:

1870-1880	85	%
1880-1896	93	%
1896-1911	202	%

Véase otro estado, que pone de relieve el acrecentamiento de la potencia de la totalidad de las máquinas y motores de vapor en los principales países de 1840 a 1896 (en millares de caballos de vapor):

	1840	1860	1880	1896
Estados Unidos	760	3.470	9.110	18.060
Inglaterra	620	2.450	7.600	13.700
Alemania	40	850	5.120	8.080
Francia	90	1.120	3.070	5.920
Italia	10	50	500	1.520
España	10	100	470	1.180
Europa entera... ..	860	5.540	22.000	40.300

AUMENTO

	1840-1860	1860-1880	1880-1896
Estados Unidos	356 %	162 %	98 %
Inglaterra... ..	295 %	210 %	80 %
Alemania	2.025 %	500 %	58 %
Francia	1.144 %	174 %	93 %
Italia... ..	400 %	900 %	200 %
España	900 %	370 %	151 %
Europa entera	544 %	297 %	83 %

Este prodigioso desarrollo ha imprimido a la producción una velocidad incesantemente acelerada. El trabajo está hoy en condiciones de satisfacer las necesidades de la sociedad humana muchísimo mejor que antes; en la actualidad podría asegurar el bienestar y la felicidad de todo el mundo.

Desgraciadamente, el capitalismo ha monopolizado todas las ventajas en beneficio de una clase relativamente poco numerosa. Hay superproducción, pero los que han producido todas las riquezas carecen de lo indispensable; existen máquinas de tal potencia que les bastaría con unas horas de trabajo para produ-

cir todo lo que es necesario para vivir cómodamente, pero el capital condena a una fracción importante de la clase obrera al paro permanente y ocupa cada vez menos obreros.

Las estadísticas americanas, más exactas que las otras, ilustran muy bien esta evolución; demuestran que un capital de una importancia dada (por ejemplo un millón de dólares) ocupa cada día menos número de brazos.

INDUSTRIAS	1904		1914	
	Millares de obreros	Millones de capital	Millares de obreros	Millones de capital
Alimentación...	354	1.170	496	2.174
Curtidos ...	264	452	307	743
Maderas ...	734	1.010	834	1.723
Papel e imprenta ...	352	804	453	1.433
Vehículos ...	137	288	263	803
Total industrias...	5.468	12.676	7.036	22.791

Calculando, sobre estas cifras, el número de obreros empleados, término medio, por un capital de un millón de dólares, se obtiene la tabla siguiente:

Un millón de dólares ocupa:

	1904	1914	Disminución
Alimentación...	302 obreros	202 obreros	25 %
Curtidos ...	584 »	413 »	29 %
Maderas ...	726 »	490 »	32 %
Papel e imprenta ...	440 »	323 »	26 %
Vehículos ...	472 »	329 »	30 %
Total industrias...	430 »	308 »	28 %

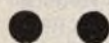
En el conjunto de todas las industrias americanas, la capacidad del capital para el empleo de obreros se ha reducido, pues, un 28 %, en el espacio de diez años.

Según estadísticas americanas más recientes, véase el porcentaje representado por los salarios y procedimientos en el valor total de la fabricación:

1921 ...	58'7 %
1923 ...	54'2 %
1925 ...	51'8 %
1927 ...	51'0 %

Y es sabido que, desde antes de la crisis de 1929, había en los Estados Unidos un paro permanente que alcanzaba por lo menos a dos millones de individuos.

Véase a lo que viene a parar el trabajo en el régimen capitalista: El hombre domina a la Naturaleza con la ayuda de la máquina, pero ésta, transformada en capital, domina al productor y le priva del fruto de su obra.



Hace cien años, cuando el capitalismo, apoderándose de la máquina, lanzaba millares de obreros a la calle, los asalariados veían en la máquina a su enemigo mortal y no un instrumento de su liberación. Era el capital el que parecía repre-

sentar al progreso, entonces que los obreros condenados a la miseria aparecían como los campeones del conservadurismo y del espíritu atrasado.

Hoy, los papeles se han cambiado. Actualmente son ciertos portavoces del capital, exasperados por la crisis, los que piden que se limite el empleo de la máquina y que se ponga freno al progreso técnico. El capitalismo muestra su verdadera figura: la de la reacción, y el movimiento de emancipación de la clase obrera, luchando por el socialismo, aparece a los ojos de todos como el único factor de progreso, como la sola fuerza capaz de continuar lo que el capitalismo ha comenzado: el desarrollo prodigioso del maquinismo, condición indispensable para que el trabajo humano realice el bienestar de todos.

Carlos Marx ha caracterizado a este porvenir socialista en los siguientes términos (1):

«El reino de la libertad no comienza más que cuando no existe obligación alguna de trabajo impuesta por la miseria o por miras exteriores; se encuentra, pues, por la naturaleza de las cosas, fuera de la esfera de la producción material propiamente dicha. Lo mismo que el salvaje, el hombre civilizado se ve forzado a luchar contra la Naturaleza para satisfacer sus necesidades, conservar y reproducir su vida; así es en todas las formas sociales y todas maneras de producción. Al mismo tiempo que las necesidades, el imperio de la aspiración natural se amplía, pero con él las fuerzas productivas que darán satisfacción a estas necesidades. En este estado de cosas, la libertad consiste únicamente en esto: *el hombre social, los productores asociados, reglamentan de una manera racional sus relaciones con la Naturaleza y las someten a su control colectivo, en lugar de dejarse dominar ciegamente por ellas, y cumplen aquellas relaciones con el menor esfuerzo posible y en las condiciones más dignas y más adecuadas a su naturaleza humana.* Pero la necesidad no deja de subsistir por ello. Es más allá de esta necesidad donde comienza el desarrollo de las fuerzas humanas que es un objetivo en sí, el verdadero reino de la libertad, que no se puede edificar más que sobre el reino de la necesidad. La reducción de la jornada de trabajo es la condición fundamental.»

Entonces será verdaderamente libre el trabajo humano y la sociedad habrá roto definitivamente las cadenas sociales, que hoy la entorpecen en su lucha con la Naturaleza.

Lucien Laurat

(1) *El Capital* (Libro III/2, cap. 48.)



Nota alemana

Las disminuciones de salarios aplicadas en Alemania hasta la fecha alcanza a doce millones de obreros, cuyo trabajo representan unos 9.000 contratos colectivos. El salario-hora medio de las diecisiete ramas principales de la industria era de 0.874 marcos en enero contra 0.725, en 1925. El punto culminante había sido alcanzado en 1930 con un salario-hora medio de 1.07 marcos. La disminución intervenida desde 1930 es, pues, de 20 %, término medio, según las estadísticas oficiales.

Los principios y las bases de la sociedad nueva

LA organización de la sociedad ha sido en todo tiempo la preocupación dominante de los hombres. A ella han dedicado la mayor parte de sus esfuerzos durante los siglos pasados. Y es natural que así lo hicieran, puesto que del carácter de sus relaciones dependía y depende siempre su existencia entera.

En el origen, los hombres, semejantes en esto a los animales todos, se han unido para asegurar primeramente su subsistencia y su defensa contra especies más potentes. Como todos los seres relativamente débiles tenían el espíritu gregario, tomado en su sentido natural.

La vida en común, las necesidades que les obligaran a luchar juntos por su propia salud, desarrollaron en ellos ciertos sentimientos de sociabilidad, fueran o no instintivos. Desgraciadamente la vida en común no tuvo por consecuencia solamente la de dar nacimiento a los lazos de solidaridad, de ayuda mutua y camaradería. El hombre es un animal raro, con una propensión marcada por el prestigio, la autoridad, el mando. Estas faltas parecen inherentes a su naturaleza. La instrucción, la educación social no han destruido todavía este fondo de instinto malo, irrazonable; apenas los siglos de cultura lo han adecentado. No es, pues, extraordinario que haya experimentado desde el principio de su vida el deseo de elegir un jefe de clan o de tribu.

No teniendo más que algunos rudimentos de saber y de conocimientos, no podía hacer otra cosa que referirse a las apariencias, a los signos distintivos exteriores. El de la fuerza debía naturalmente más que ninguno otro atraer su atención.

Por esto los hombres primitivos eligieron para jefe al guerrero más fuerte, más bravo; el más valeroso, el que ellos estimaban el más capaz de asegurar la defensa y la vida de su pequeña colectividad.

Poco industriosos al principio, viviendo más en estado animal que en el humano, lucharon más entre clans vecinos que contra la misma Naturaleza, la cual ignoraban por completo.

El espíritu guerrero, la necesidad de rapiña, tan desarrollada hoy en la sociedad moderna al abrigo de «la legalidad» y del «derecho», nacen en el hombre desde que sus grupos primitivos han tomado algún desarrollo. Es, pues, a la guerra, a la lucha, a lo que se consagran las primeras facultades humanas. No debe extrañarnos que estos sentimientos de bestialidad, disimulados con fórmulas modernas, queden todavía vivos en el corazón de los hombres.

Desde el origen, la sociedad reposa en la fuerza, y sólo más tarde interviene la inteligencia; la astucia tentó dominar el instinto. Nada más natural, en efecto. Era imposible que los hombres ya instruidos que habían edificado la moral, los sistemas filosóficos, lanzado las creencias, inventando los cultos, no buscasen los guerreros pesados, sin cultura y sin conocimientos.

Desde siempre todas las Iglesias del mundo se han mantenido y desarrollado apoyándose en los sables del guerrero, después de haber tentado, infructuosamente, dominarlos. En efecto, por poco clarividentes que fuesen, los jefes, los hombres de fuerza, comprendieron no obstante los secretos deseos de sus astutos adversarios y soñaron ellos también en utilizarlos siguiendo sus intenciones.

Los clérigos, dándose cuenta de que no iban a ganar nada en tal lucha, no titubearon e hicieron alianza con los jefes.

Así se establecieron, bajo la forma temporal y espiritual, la hegemonía sobre

los hombres ignorantes. Los potentes y los malignos se apoderaban de las cosas y esclavizaban los seres.

La ley de elección, que podía comprender en sí una determinada preferencia por el mérito, se sustituyó bien pronto por el derecho de nacimiento que hizo a determinadas familias de las casas reinantes los amos de todos los países.

Es decir, que a medida que se afirmaba la potencia de los jefes y de los clérigos se perfeccionaba más la organización social.

Basada sobre la fuerza, mientras que ésta recibía la consagración de lo divino, la organización de la sociedad no podía satisfacer más que a una pequeña minoría de hombres: aquellos que poseían, explotaban y mandaban.

El resto, la inmensa multitud compuesta de individuos de todas las razas, de todos los colores, de todas las confesiones, por haber creído en la necesidad y en la tutela de los jefes, en lo indispensable de los credos y morales, ha perdido todo derecho y toda libertad.

Y desde hace siglos se desarrolla una lucha implacable entre estas dos partes de la sociedad.

Alguna vez los sojuzgados sacudieron la tiranía de sus amos sin que pudieran llegar en ningún caso a desembarazarse por completo.

No se sabe qué admirar más, si la ingeniosidad de los dirigentes para modificar la estructura política, la fachada de su régimen sin cambiar el fundamento social, o la ingeniosidad de los dirigidos que se dejan engañar cada vez y toman la ficción por la realidad.

Sea como quiera, el sistema permanece en pie, a despecho de todos los asaltos sufridos, siendo posible que sucumba, más que por los ataques de sus adversarios, por el peso de sus propias faltas.

En efecto, o al menos en este instante, no parece que los trabajadores condenen la doctrina de fuerza que está en la base de su estructura. Con una encantadora candidez se imaginan los desgraciados que lo que ha hecho de ellos unos parias: el Estado, la propiedad, el ejército, puede volverse entre sus manos un instrumento incomparable de liberación.

Y, sin embargo, esto es lo que quieren conseguir, bien por medio del voto o por la insurrección. Creen que la posesión del Poder resolverá todos los problemas, y los mejores entre los partidarios de la doctrina de fuerza vaticinan y declaran que el Estado será provisional y que la dictadura no se ejercerá más que temporalmente y sólo sobre el adversario.

Una vez más: si no se acciona, si no se detiene, si no se reflexiona antes de escoger, si no se escoge juiciosamente antes de obrar, no saldremos del mismo atasco: aquel en que los hombres se martirizan y estrangulan desde el nacimiento del mundo.

Por sentido común —mejor quizá que por los razonamientos más sutiles— debe comprender el hombre que si quiere salir de una vez de su servidumbre, debe destruir por completo el sistema político, económico y social que lo mantiene en este estado de miseria. Esta es la primera tarea, la más fácil. La indispensable. Pero no habrían hecho nada si mañana consentían que renaciese un sistema en que la autoridad, la coacción, la propiedad, tuvieran su asiento.

Para que la nueva vida valga la pena de ser vivida, es necesario no solamente que desaparezca todo trazo del viejo cuadro social, sino que la sociedad nueva asegure a todos los individuos su completo desarrollo; que las relaciones entre los individuos y con la sociedad sean tales, que pueda desprenderse la certeza absoluta que ellos consagran el principio de la igualdad social; que la solidaridad y la ayuda mutua sean los fundamentos sociales del nuevo régimen y no la autoridad y la explotación.

Para alcanzar este fin es evidente que la sociedad debe estar organizada de forma *radicalmente* opuesta a la de hoy.

Yo digo : *organizada*, porque es la sola expresión que conviene, porque no hay nada, desde el más pequeño cuerpo simple al universo entero, que no esté organizado, porque todo en la vida no es más que un órgano en funciones ; porque los órganos se encadenan, se agrupan para formar un todo armónico, equilibrado, capaz de obrar y de realizar ; porque las funciones se desprenden unas de otras, se precisan y se determinan entre sí ; porque todo ser viviente, todo cuerpo social, por vía de extensión, es un mecanismo cuyos rodajes se entreunen, se solidarizan, se entreayudan para asegurar el funcionamiento del conjunto, la vida, en una palabra. Porque todos los seres, todas las colectividades, como el propio Universo, obedecen a tres grandes leyes : la *atracción*, la *integración* y la *selección*, sobre las cuales reposan el nacimiento de todos los cuerpos, su reunión en familias, en especies y la clasificación de cada uno, es decir, su función.

En la sociedad, las mismas reglas se aplican con un rigor absolutamente matemático. Los hombres se reúnen bajo el imperio de las necesidades, de las cuales dan nacimiento a las aspiraciones. Es la ley de atracción que obra.

Reunidos, forman una masa : el cuerpo social ; es la ley de la integración que los funde.

Agrupados, deben vivir en común, y para ello llenar las tareas para las cuales se sienten cualificados. Es la ley de la selección que interviene.

Queda a determinar cómo han de obrar, en qué sentido para permitir al mecanismo así constituido funcionar racionalmente, sin fallos perjudiciales a todos. ¿Cómo asegurarán la homogeneidad, la regularidad y la continuidad del aparato social ? ¿Qué harán ellos ? A mi juicio, ellos determinarán en común los principios esenciales que guiarán su actividad y determinarán sus condiciones de vida sobre la base de la igualdad social.

En una palabra : establecerán su contrato de asociación que regulará el cambio de los servicios. El contrato original debe encontrar la adhesión de todos los que habrán aceptado previamente los principios que serán la base moral de la organización. Es, pues, en el marco general trazado por los principios y según los términos del contrato, uniendo a los individuos como funcionará la colectividad bajo el triple plan económico, político y social.

¿Quién decidirá y cómo se realizará ? Aquí es donde es necesario escoger el sistema de organización capaz de dar satisfacción a las aspiraciones de los individuos y de asegurar la vida social. Este sistema me parece ser el *federalismo libertario* con sus dos corrientes : ascendiente y descendiente, que vaya del individuo a la célula social superior y viceversa : la discusión, la decisión y la acción en todos los grados y sobre todos los planes que salvaguarde los intereses de cada uno y permita el nacimiento al interés colectivo, al interés social, el cual conforma y precisa el interés individual.

Sólo el federalismo libertario puede permitir a una sociedad organizar racionalmente la producción, el cambio, el reparto entre los hombres, dueños de su destino ; de organizar también, sobre el plan social, la vida colectiva.

Los fundamentos de la sociedad nueva deben reposar sobre su economía. Es la única base sólida. Las formas políticas deben ser el reflejo del estado económico existente y el orden social debe corresponder también exactamente lo más posible a la expresión del sistema económico y de las formas políticas. Solamente en estas condiciones la sociedad podrá ser homogénea.

En el presente parece que los embriones de una tal sociedad existan desde hace tiempo en la sociedad actual. Estos embriones, que obran actualmente en el plano defensivo, se organizan en el seno del sistema capitalista y luchan contra él de una forma constante. Se han dado como fin el destruirlo, primeramente, para reemplazarlo enseguida. Son agrupaciones espontáneas, naturales, que reúnen a los individuos sobre el plan de sus intereses. La concordancia de estos inte-

reses ha determinado necesariamente en ellos la unidad de doctrina y fijado la elección de medios de acción idénticos.

Estas agrupaciones son los *Sindicatos obreros*. A ellos incumbirá, en su calidad de única fuerza de clase ya organizada sobre el plan del futuro, el precipitar la caída del sistema capitalista, defender la revolución en la fase violenta y perseguir la verdadera construcción del socialismo. Son ellos quienes, por el radio de acción, determinarán la esfera y el carácter de los organismos políticos: Comunas, Federaciones y Confederación de Comunas. Estos organismos, Sindicatos, Uniones locales de Sindicatos, Confederación general de los Sindicatos, de una parte, y Comunas, Federaciones de Comunas, Confederación general de Comunas por la otra, con los organismos técnicos que nacerán — y que se prolongarán sobre el plan internacional — que asegurarán la vida económica y política del nuevo régimen.

De la actividad de todos estos rodajes reunidos, funcionando según el sistema federalista, surgirán normalmente los organismos capaces de asegurar la vida social.

En todos los grados, en todos los rodajes se encontrará siempre la discusión, la decisión, la acción, el control que son indispensables al buen funcionamiento del federalismo libertario, el cual *exige* el concurso permanente de todos y de cada uno. Si fuera de otra manera, si los individuos y los rodajes no llenaran su misión, ocurriría una reforma del sistema. Aparecería la dictadura individual, y, sin duda, un poco más tarde se instalaría, volviendo la sociedad a sus formas antiguas: propiedad, autoridad y Estado.

Que no crea sobre todo, como hay tendencia, incluso en algunos anarquistas, que la dictadura ejercida por los Sindicatos, que el Estado colocado entre sus manos y con él el Poder, son necesarios para realizar un día el federalismo libertario. Esto sería el medio más seguro de volver la espalda a nuestro ideal, de instituir a nuestra vez una sociedad basada sobre la fuerza y no sobre la igualdad.

Partidario resuelto de la defensa revolucionaria; aceptando, por anticipado, la necesidad de todas las medidas que pueda exigir la salud de la revolución, medidas tomadas por los Sindicatos y controladas por ellos en la ejecución, me declaro adversario implacable, irreductible, de toda dictadura: comprendida la de los *mismos Sindicatos*, para la construcción socialista.

Toda la Historia del mundo atestigua que sólo la libertad, en una disciplina libremente consentida y aceptada, es generadora de bienestar si se basan las relaciones sociales en la igualdad. Fuera de esto no hay más que dominación, arbitrariedad, coacción, explotación.

La salud reside exclusivamente en una organización capaz de garantizar, sin violencia, el pleno desarrollo del individuo, de hacer constante la colaboración del individuo y la sociedad por una actividad armónica y fecunda de todas las fuerzas manuales, técnicas y científicas que concurren en la vida social.

No hay duda que el federalismo libertario, del cual el sindicalismo revolucionario defederalista y antiestatista desde el origen es el agente de realización, puede establecer un orden social ausente de toda presión, de toda autoridad, de todo privilegio.

Sólo confío en él, en estos tiempos revueltos, de incertidumbre y confusión, y espero que realizará esta tarea.

Pierre Besnard

París.

Literatura proletaria

HACE tres o cuatro años se planteó en Rusia una curiosa cuestión que contribuyó a fijar los términos, de lo que es y debe ser la literatura proletaria. Permítaseme traerlo a cuento con motivo de una declaración curiosa también, aunque sin importancia para nadie más que —en todo caso— para mí. He recibido la edición rusa de la *Litterature de la révolution mondiale*, Moscú, enero—, en la que publican un libro mío con la advertencia de que «hasta ese libro el autor no se manifestó como escritor proletario». Aparte las declaraciones de cordialidad, que yo estimo mucho en los camaradas de la Unión Internacional de Escritores proletarios, lo que me interesa aquí es por qué la literatura puede ser revolucionaria y no proletaria, y cuándo y en virtud de qué comienza a ser esto último. Mi conciencia, en lo que al pasado se refiere, queda tranquila con la reflexión de que el libro traducido es *Iman*, el primero de carácter literario que he publicado.

No están muy de acuerdo los definidores de la nueva sensibilidad y del arte proletario en cuanto a las fronteras que lo separan de lo burgués. Mehring, Plejanov, Gorter, el mismo Trotzky, han hablado del servilismo del arte, y, en particular, de la literatura, al sentido burgués, tradicional de la vida. En cuanto a la definición de la literatura proletaria no se ha llegado todavía a un acuerdo. La cuestión planteada hace tres años en Rusia hizo que las gentes de letras de toda Europa se detuvieran a reflexionar sobre esto. Para mi gusto, de entonces acá ha quedado aclarado todo muy satisfactoriamente.

El hecho se produjo al volver a su país natal Máximo Gorki, el autor de *La Madre* y de *Los vagabundos*. ¿Tiene derecho Gorki —se preguntaban los camaradas jóvenes— al título de *escritor proletario*? En la Academia Comunista se produjeron apasionados debates, sin que faltara entre los artículos el que acusaba al escritor de orígenes burgueses y de «no tener nada de común con la clase obrera». El comisario de Instrucción, Lunatcharsky, les decía que Lenin había escrito en una alusión: «Gorki es un gran representante del arte proletario.» Otra figura de la revolución, Bujarín, llamaba a Alenei Maximovitch (1) «el gran artista proletario» y «nuestro escritor». Pero seguían las discusiones.

La escuela profesional de técnicos de Pocrovsk le preguntó al mismo Gorki si se sentía o no escritor proletario. Gorki contestó: «La discusión de los críticos sobre esta cuestión no me interesa. Con ocasión de mi 75 aniversario recibo felicitaciones de obreros de todos los países del mundo, algunas de los más apartados rincones. Para mí, la voz de los obreros es más importante que la de los críticos. Yo estoy muy orgulloso de ser uno de ellos, un camarada. Es un gran honor para mí. ¿Ustedes me preguntan cuál es el signo distintivo del escritor proletario? Yo creo que es muy sencillo. Su característica es la lucha contra todo aquello que, de cerca o de lejos, oprime al hombre e impide su desenvolvimiento libre y el desarrollo de sus facultades. Procura aumentar e intensificar la participación de sus lectores en la vida, les infunde la seguridad en sus propias fuerzas y la fe en sus facultades. Les ayuda a vencer a los enemigos interiores para llegar a comprender el gran sentido de la vida, la significación y la alegría inmensa del trabajo. He aquí lo que yo pienso, en suma, de un escritor del mundo de los trabajadores.» Parece que esta declaración no satisfizo a todos. Pero, en realidad, el desacuerdo se produce muy a menudo entre la joven crítica soviética.

El concepto de «literatura proletaria» viene de Rusia, y por eso lo referimos

(1) Gorki es pseudónimo y quiere decir «Amargo».

a los hechos y polémicas de allá. Pero la causa de que se haya convertido la designación en una fórmula oficial de arte, se debe al hecho de que el «arte proletario» disfruta el apoyo del Estado y es necesario determinar qué autor y qué obras lo merecen. «Hay mucha crítica sobre esto —dice Bujarin—; los escritores se dedican a criticarse entre sí más que a trabajar y producir.» La «literatura proletaria» es, pues, ante todo, un concepto que viene de Rusia. Allí —en el lugar de origen— es también una designación formularia con estado oficial. Como decían en un editorial de *Monde*, esto se presta a las burlas fáciles de los escritores de otros países, pero nada prueba en contra de la existencia de verdadera literatura proletaria. Esta es una consecuencia de la revolución rusa, en Oriente, y de la guerra, en Occidente. Entre los más destacados de los rusos jóvenes tenemos a Leónidas Ivanov, Lydia Seifulina, Miguel Scholajov, Leonov, Miodiusky, Levin, Mitrofanov, Marieta Schaguinán, Ana Karavaeba, Panferov Fadeer, Kataev. Fuera de Rusia se da muy poco el «escritor proletario» puro, entre otras razones porque la burguesía impide a todo trance su afloramiento. Pero se pueden contar entre los de talla internacional y más aproximadamente proletarios, Upton Sinclair, John dos Passos, Verhaeren, Pierre Hamp, Ernest Toller, Barbusse, Gorter, Gorki, Jack London y, quizá, también Istrati, Lyam O'Flaherty, Romain Rolland. Pero, fuera de la U. R. S. S., la designación «proletaria» pocas veces será exacta. Bajo el régimen capitalista no se puede cantar al trabajo, porque el trabajo es un castigo. Y, a mi juicio, una nueva modalidad de arte y una nueva sensibilidad sólo pueden salir después de subvertirse los valores morales y los términos de la dialéctica burguesa definitivamente. La base del arte proletario naciente y floreciente ha de ser el canto al trabajo que, vencida la burguesía, nos redimirá a todos. Crear la nueva religión del trabajo sin explotación. El mito de la máquina y el rito sagrado de unirse a ella y colaborar en la salvación de la sociedad nueva. Ese sería un arte proletario.

En países como el nuestro, el arte proletario sólo puede permitirse describir las luchas contra el capitalismo y —eso sí— contribuir a la fusión de las tendencias revolucionarias, de los partidos y grupos, en una sola masa con una sola consigna. Ya que por las doctrinas y las actuaciones no se unen siquiera, unámoslos en el plano de la emoción y de la sensibilidad. Fuera de Rusia es esto lo único que podemos hacer. El arte proletario no responde a su íntimo y entrañable objeto. A su lado están el arte popular y el arte revolucionario. Aunque aparecen entremezclados con lo burgués se les puede deslindar sin grandes esfuerzos. Lo intentaremos en otro artículo.

Ramón J. Sender



Apuntes alemanes

Las fábricas Krupp han decidido, por causa de la crisis económica persistente, proceder a nuevas reducciones de salarios a sus empleados. Estas alcanzarán hasta el 15 %. Además, la Dirección proyectaba para el mes de marzo el licenciamiento de unos dos mil obreros.

La importación de los productos alimenticios en 1931 ha disminuido en un tercio, comparativamente a 1930.

Ojeada histórica sobre la huelga general

LA fórmula de la huelga se interpreta de distintas maneras, y si se quiere evitar el equívoco, importa marcar la divisoria entre la huelga general corporativa: huelga del conjunto de los trabajadores de una profesión o de una industria —huelga de los chofers de taxis, huelga de los obreros del Calzado— limitada a una localidad, concerniente a reivindicaciones particulares a la corporación, y la huelga general de carácter político por la que el conjunto de todos los trabajadores de todas las corporaciones se dirigen contra las instituciones, reclamando reivindicaciones económicas que afectan el aparato capitalista y la función del Estado. Esta huelga tiene por misión el presionar más sobre la forma política y gubernamental del capitalismo que sobre su forma económica.

En régimen capitalista, el abandono del trabajo es para la clase obrera el arma de lucha más eficaz contra el patrono, y los ejemplos históricos nos demuestran que esta arma ha permitido al proletariado mejorar sus condiciones de vida.

Pero la huelga corporativa y la huelga política no tienen de común más que las formas exteriores. En la huelga ordinaria, declarada con fines corporativos, los trabajadores juegan con diversos elementos, entre los cuales el más importante es la concurrencia entre capitalistas. Para éstos la huelga es una pérdida de beneficio; durante toda la duración del movimiento siguen corriendo los gastos generales; el utillaje peligra y deteriora por falta de uso, se anulan los pedidos y los contratos pasan a manos del productor rival. La competencia continúa entre los capitalistas e incita a los patronos afectados por la huelga a limitar el despilfarro y a recomenzar la producción lo más pronto posible.

Los trabajadores, agrupados por su interés común, se solidarizan bien, y, en casos de huelga parcial, les permite sostener a sus camaradas en lucha, pudiendo esta misma solidaridad ser el factor decisivo de su triunfo.

En la huelga general política estos factores deben estar todavía más acen tuados. Los capitalistas afectados por igual por el conflicto, y ante la imposibilidad de continuar la producción, no temen la competencia, y teniendo más recursos que los trabajadores, se pueden sostener mucho más tiempo, ya que a los obreros se les agota pronto la resistencia y acaba por romperse la solidaridad.

Por otra parte, la huelga no es únicamente un medio proletario. La Historia nos da diferentes ejemplos de *lock-out* dirigido contra los trabajadores, sea para luchar contra un movimiento parcial, para imponer una reducción de salario o bien para hacer presión sobre los gobernantes, exigir una reducción de impuestos, pedir subvenciones, impedir la votación de una ley social, etc.

La huelga general y el pensamiento socialista

La práctica de la huelga política desarrollada por la experiencia del movimiento obrero ha preocupado mucho el pensamiento socialista. Teóricos y militantes de la clase obrera le han consagrado gran atención. Ha tenido sus partidarios y sus adversarios: unos la han hecho una panacea, considerándola como «el modo de acción directa más simple y perfecto que posee el proletariado» (1) en oposición a la lucha política sobre el terreno parlamentario. Otros, hipnoti-

(1) Hubert Lagardelle: *La grève générale et le socialisme*.

zados por el progreso del socialismo y confiando en la victoria de éste por la vía parlamentaria, le oponen los resultados de la acción electoral y dudaban que la propaganda por la huelga general desviara al proletariado de esta lucha. Guesde decía: «La palabra *huelga general* ha hecho mucho mal. Huelga general, y ya no se organiza. Huelga general, y ya no se vota. Huelga general y se desprecian los políticos y se les reprocha de explotar a los trabajadores.» (1).

Para los sindicalistas, «la huelga general, en su última expresión, no es, para los medios obreros, el simple cruzamiento de brazos, sino que es la toma en posesión de las riquezas sociales puestas en valor» (2). En un libro publicado en Francia por el Comité de Huelga General se puede leer: «En las circunstancias actuales, si se limitan las hipótesis a las posibilidades realizables en el medio presente, la huelga general revolucionaria aparece como el único y solo eficaz medio para la clase obrera de emanciparse integralmente del yugo capitalista y gubernamental.»

En el Congreso de París, de 1900, un delegado se expresaba de esta forma: «Si nosotros hacemos la huelga general es para apoderarnos de los medios de producción, para desposeer a los poseedores actuales que, seguramente no será tarea fácil; es necesario que esta huelga general revista un carácter revolucionario, que, por otra parte, los acontecimientos dictarán.»

Así, para una fracción de la clase obrera, la huelga general aparece como el único medio de emancipación del proletariado y sólo ella permite agrupar los trabajadores sobre la base de sus intereses de clase, y si los socialistas combaten la huelga general es «que ellos reconocen está tan bien adaptada al alma obrera que es capaz de dominarla de la manera más absoluta y de no dejar ningún sitio a los deseos que puedan satisfacer a los parlamentarios. Ellos se dan cuenta que esta idea es tan motriz que una vez adentrada en los espíritus, escapan a todo control de los amos y reduciría a nada el poder de los diputados. En fin, ellos sienten de una manera vaga que todo el socialismo podría ser absorbido por la huelga general, lo cual haría inútil todos los compromisos entre los grupos políticos, en vista de los cuales ha sido constituido el régimen parlamentario.» (3).

Estas citas dan la idea de la fuerza mística que tomaba la huelga general para los militantes del sindicalismo que hacían de un movimiento una doctrina, repudiando la lucha política y entendiendo conducir la batalla revolucionaria sobre el terreno económico.

Algunos socialistas tomaron el contrapié de esta posición y la mayor parte desconfiaban. Partidarios del parlamentarismo, manifestaban alguna reserva con respecto a la huelga general y en algunos casos se oponían categóricamente; veían en esta propaganda un arma dirigida contra su influencia sobre los trabajadores y temían que esto alejase a la masa obrera de la acción parlamentaria, que ellos consideraban como una de las más importantes conquistas del proletariado.

Se vió a reformistas notorios declararse partidarios de la huelga política mientras que otros probados revolucionarios la recusaban.

Para Jaurés era más un medio de defensa que de ataque; la huelga general «no podía aparecer como un disfraz de la violencia», pero era necesario «que fuese simplemente el ejercicio de derecho legal de huelga, aunque más sistemático y más vasto, teniendo un carácter de clase bien marcado»; ella debe «triunfar la primera vez»; su fracaso provocaría en los dirigentes un furor impiacable que se traduciría por un largo período de reacción» y el proletariado quedará por algún

(1) *Débat du Congrès de Lille en 1904.*

(2) Víctor Griffuehes: *L'action syndicaliste.*

(3) Georges Sorel: *Réflexions sur la violence.*

tiempo desarmado, aplastado, ligado»; pero ella es «impotente, como método revolucionario»; es, «por su sola idea, un índice revolucionario de la mayor importancia». En el caso que la burguesía atacara el sufragio universal sería «la forma espontánea de la revuelta obrera una suerte de recurso supremo y desesperado y un medio de derrotar al enemigo mejor aún que de salvarse a sí mismo» y «la clase obrera sería víctima de una ilusión funesta y de una especie de obsesión malsana si tomara lo que no puede ser más que un método de desesperación por un método de revolución». (1).

Kautsky decíara que en los países que se benefician de una Constitución democrática el proletariado no tiene ninguna razón de modificarla por la violencia. «Pero es justamente porque a medida que se desarrolla su potencia política debe considerar como más inminente la hora en que sus adversarios modificarán la Constitución actual para reemplazarla por un régimen de implacables opresiones del proletariado y supresión radical de las organizaciones obreras, un régimen de violencia que necesitará una resistencia enérgica» (2), y si el proletariado fuera compelido a defenderse por la fuerza «no podría utilizar más que un solo medio de acción, el que emplea ya hoy como arma decisiva en sus luchas económicas: la huelga» (3).

Guesde se declara adversario resuelto y dice que la huelga general «es un sueño» (4).

Para Rosa Luxemburgo, la violencia está en la base de la legalidad burguesa tanto como en la acción proletaria (5).

Condiciones de la huelga general

La clase obrera se enriquece constantemente con su experiencia. La historia del movimiento obrero nos enseña que la huelga política no es el único medio de lucha a su alcance, sino que es uno de los medios cuya importancia no depende de la concepción ideológica de los hombres, sino de las condiciones históricas, y que no se decide de una manera artificial el hacer o no la huelga política o cualquiera otra acción si el conjunto de las condiciones sociales requeridas a su eclosión no están reunidas. Sacando conclusiones de la experiencia de la huelga de masas en Rusia, en 1905, Rosa Luxemburgo escribe: «No es por especulaciones abstractas sobre la necesidad o la imposibilidad, sobre la utilidad o el peligro de la huelga en masa, es por el estudio de los momentos y de las condiciones sociales en que la huelga general surge en la fase actual de la lucha de clases; no es la apreciación subjetiva de la huelga en masa, es por el estudio de los momentos y de las condiciones sociales en que la huelga general surge en la fase actual de la lucha de clases; no es la apreciación subjetiva de la huelga general desde el punto de vista de lo que es deseable, sino que es por el *examen objetivo* de los orígenes de la huelga en masa desde el punto de vista de lo que es históricamente necesario que el problema puede ser visto y también discutido» (6).

La huelga política no es solamente el hecho de los obreros organizados, es la entrada en lucha del conjunto del proletariado en revuelta contra los amos del día.

La lucha de la clase obrera no es una acción continua; el elemento espontáneo juega un importante papel, tanto para el comienzo de la acción como para

(1) Jaurés: artículos publicados en la *Petite République*.

(2) *Grève générale et socialisme*. (Pág. 219.)

(3) *Grève générale et socialisme*. (Pág. 220.)

(4) *La grève générale et le socialisme*. (Debate del Congreso de Lille.)

(5) Rosa Luxemburgo: *L'expérience belge*.

(6) Rosa Luxemburgo: *La grève en masse, le parti et les syndicats*.

terminarla y, además, un número de elementos de todos los órdenes: económicos, políticos, materiales, psicológicos, etc., que interviene y hacen imposible una preparación y una fijación a fecha fija. Además, la preparación material de la huelga política no dejaría inactiva las fuerzas capitalistas y gubernamentales, porque éstas también se prepararían para vencer y combatirían a los trabajadores con todos los medios de represión de que disponen.

En un movimiento que engloba el conjunto de la clase obrera, es imposible regular de antemano la cuestión de las subsistencias como las condiciones de batalla. Mas si es imposible precisar las formas exactas que revestirá la lucha, no debe dejarse sorprender y colocarse en la vanguardia del proletariado; él debe entrar en la batalla que es suya, en tomar la dirección política, fijar sus objetivos y empujar el movimiento lo más lejos posible. Y esta dirección de la lucha la tomará si puede ganar la confianza de la clase obrera sabiendo interpretar sus deseos.

En un libro ya citado, Rosa Luxemburgo escribía: «El partido socialista es la vanguardia inteligente, la más consciente del proletariado. No puede ni debe ser fatalista esperando con los brazos cruzados la venida de la *situación revolucionaria*, esperar que caiga espontáneamente del cielo este movimiento. Por el contrario, su deber es, como siempre, *preceder* la evolución de las cosas, buscar el *precipitarlas*. ¿Cómo? Indicando al proletariado la venida inevitable de este período revolucionario.» (1).

Para que una huelga política tenga éxito debe reunir varias condiciones:

Una pasión que anime a los trabajadores, la cual encuentre su expresión en una reivindicación concreta y general.

Es necesario ganar a la causa de los trabajadores a los campesinos y a la pequeña burguesía.

Pasó ya el tiempo de las barricadas, y una huelga política que tuviera contra ella la fuerza armada correría el riesgo de ser deshecha; así que, por lo menos, conviene neutralizarla.

Además, los objetivos que se fije la clase obrera deben ser alcanzados rápidamente, y esta es la condición de la victoria.

La huelga política se perderá de antemano si se anticipa el capitalismo a tomar sus precauciones, callando sus contradicciones ante el peligro, y reforzando la autoridad de un Gobierno con todos los medios represivos para ahogar en sangre el movimiento.

Y, para concluir, constatemos que no se puede dividir arbitrariamente la acción del proletariado: no hay más que una lucha: la del proletariado contra la burguesía.

A este respecto decía Rosa Luxemburgo: «No hay dos luchas distintas en la clase obrera, una económica y otra política; no hay más que una sola lucha de clases con miras a limitar la explotación capitalista en el seno de la sociedad burguesa y a suprimir la explotación capitalista con la sociedad burguesa.» (2).

René Michaud

(1) Rosa Luxemburgo: *La grève en masse, le parti et les syndicats*.

(2) Idem, idem, idem.



¡SALUD

*proletarios del
mundo...*

la URSS

os saluda.

Notas históricas y actuales sobre el trabajo en Galicia

La burguesía de Madrid presenta a Galicia como un paraíso. Galicia, según ella, es una tierra plácida, bucólica, donde todos los campesinos tienen un pedazo de tierra, una vaca y una casa. Aquí no hay braceros, ni hambre. No hay más que prados verdes y felicidad en los prados verdes. Esta pintura que la burguesía española suele hacer de Galicia, ha estereotipado una visión falsa de la realidad. Los obreros y los campesinos de Galicia se encargarán de disipar esa visión.

En Galicia —pese a la versión convencional— hay braceros hambrientos, proletariado rural sin otro medio de vida que su trabajo. Los pequeños propietarios víctimas del fisco y de la pequeña burguesía que vive parasitariamente sobre ellos, son también objeto de la explotación más inicua. Y, por último, las masas obreras de las ciudades (Coruña o Vigo, Ferrol o Santiago) sienten idénticos problemas a las masas obreras de otros sitios de España.

En este paraíso de que habla la burguesía, se extiende también el paro forzoso. Aquí también enseñorea la guardia civil y el hambre. Aquí también se trabaja en jornadas largas, agotadoras, retribuidas con jornales de miseria.

Vamos a concentrar algunas notas, históricas y actuales, sobre el tema del trabajo.

I

Viene de antiguo la miseria en esta tierra. Y viene de antiguo también el sentimiento exacerbado de rebeldía, la tensión dramática de la lucha de clases.

El campesinado gallego de hoy vive tan oprimido y esquilado como el de la Edad Media. Entonces, como hoy, no consumía lo que la tierra producía; entonces, como hoy, desconocía la máquina y trabajaba con el secular arado romano; entonces, como hoy, las mujeres, emparejadas con las vacas, tiraban del arado.

La realidad es la misma. Para la Edad Media hay, sin embargo, la disculpa de que entonces la maquinaria no existía y de que los campesinos no eran nominalmente propietarios. Hoy, la técnica ha progresado y las teorías políticas también. Hay maquinaria, pero no para estos *felices* campesinos; y hay derechos de propiedad para tranquilizar a los labriegos.

El labriego gallego es propietario. Heredó un trocito de tierra en el fondo de un valle o en el pico de un monte. Nadie atenta contra su propiedad. En el Congreso, enfáticamente, dicen: pequeño propietario, rural, base de la economía. Y es verdad. Hace de base de la economía. La economía (capitalista) pesa sobre él y lo aplasta.

Ser pequeño propietario en Galicia significa la posesión de todos estos derechos: derecho a labrar la tierra; derecho a trabajar de sol a sol y cuidar los sembrados por la noche; derecho a sepultar la vida entera bajo unos cuantos harapos de terreno.

Pero significa también la negación del derecho a consumir lo que la tierra produce.

Mientras la tierra no produce; mientras lleva sus frutos en gestación laboriosa, el campesino es propietario. Cuando los frutos asoman, cuando ondean los maizales, y florecen los sembrados, y engordan los cerdos, y las vacas ubérrimas

dan su leche, y las gallinas sus huevos, el campesino deja de ser propietario. El fisco, los tributos, la pequeña burguesía parasitaria, el enjambre de recaudadores, funcionarios y rúbulas de toda índole, el Estado central, con sus exigencias, caen sobre el labriego.

Y el labriego no prueba los huevos de sus gallinas, ni la leche de sus vacas, ni el jamón de sus cerdos. Todo tiene que entregarlo y venderlo. Hay que pagar tributos, recaudaciones, cédulas, recibos de la contribución, abogados, notarios, alguaciles, foros.

Esto mismo pasaba en el siglo xv. Sólo que entonces este estado de cosas no era hipócrita. No se revestía al campesino de una máscara jurídica de propiedad. La estructura feudal de aquella Galicia remota en el tiempo, creaba en las masas casi tanta miseria como la Galicia monárquica y republicana del siglo xx, pero no creaba ilusiones.

En 1467, los aldeanos, fatigados de la opresión, destruyeron todos los castillos feudales y arrasaron el poder de los nobles. Fué una revolución proletaria a su manera. Un soviét estilo siglo xv. La represión fué feroz, pero el hecho consumado persistió. Las tierras quedaron divididas.

Después, la centralización. los Austrias, los Borbones, toda la historia de opresión de los siglos xvi al xx hicieron volver las cosas al cauce medieval. Aunque, eso sí, arrojando fórmulas jurídicas sobre las realidades, enjugando con palabras el sudor campesino.

Un escritor español del siglo xviii dice, hablando de los campesinos gallegos de entonces :

«En estas tierras no hay gentes más hambrientas ni más desabrigadas que los campesinos. Cuatro trapos cubren sus carnes, o, mejor dicho aún, que por sus muchas roturas las descubren. La habitación está igualmente rota que el vestido, de modo que el viento y la lluvia se entran en ella como en su casa. Su alimento es un poco de pan negro, acompañado de algún lactecinio o alguna legumbre vil. Pero todo en tan escasa cantidad que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa. Agregado a estas miserias un continuo rudísimo trabajo corporal, desde que raya el alba hasta que viene la noche. Contemple cualquiera si no es vida más penosa la de los míseros labradores que la de los delincuentes que la Justicia pone en las galeras. Lamentaba el poeta la infausta suerte de los bueyes que rompen la tierra con el arado sólo para beneficio ajeno : *sic vos non vobis fertis aratra, boves*. Con igual propiedad hemos de lamentar hoy la suerte de los hombres que para romper la tierra usan los bueyes, pues apenas usan más que ellos los frutos de la tierra que cultivan. Ellos siembran, ellos aran, ellos trillan, y después de hechas todas las labores, les viene una fatiga nueva, y la más sensible de todas, que es conducir los frutos, o el valor de ellos, a las casas de los poderosos, dejando en la propia la consorte y los hijos llenos de tristeza y bañados en lágrimas, *a facie tempestatum famis*.»

Este largo párrafo es del padre Feijóo. Ni una línea más ni menos es necesaria para describir el estado de los campesinos en el siglo xx. Por su parte, en el xix, escribía el arqueólogo inglés Street : «Diffícil sería imaginar nada tan mísero como el estado en que viven los campesinos gallegos... cubiertos de verdaderos harapos, sin más que una camisa, y ésta hecha jirones, van los chicos frecuentemente ; las mujeres, con poca más ropa encima, tan harapientas como los chiquillos.»

En cuanto al siglo xx, mejor que leer el libro del reaccionario Risco, o ver los dibujos magistrales de Castelao, es visitar la propia Galicia.

Hambre sórdida en el campesinado; paro en las ciudades; mendicidad rural ; crisis de trabajo entre los pescadores.

Millares de gallegos no tienen trabajo, y el resto trabaja de una manera abrumadora, bajo una explotación inflexible.

La explotación alcanza todas las formas. Se explota al niño, a la mujer y al

hombre. No puedo citar demasiados casos en un simple artículo general. Pondré, sin embargo, un ejemplo de cada aspecto distinto.

En la zona noroeste de Galicia abundan las tejerías. Se fabrican tejas y ladrillos. En cada tejera trabajan unos cuantos obreros, por lo regular portugueses emigrados, y una gran mayoría de niños. Para los niños no hay limitación de horas. Pero hagamos justicia: hay limitación rigurosa de jornal. El precio medio es diez horas, por dos pesetas. Los niños acuden a la tejera desde distancias inverosímiles. Madrigan más que el sol, y trasnochan tanto como la luna.

En la tejera acarrean barro todo el día. Descansan atendiendo los moldes. O sea, alternan la fatiga de los brazos y la fatiga de la atención. A los dos años se les despiden. Ya no sirven.

Cerca de Ares (Puentedeume) hay una tejera. Yo la visité hace años, y en un semanario socialista de El Ferrol denuncié el caso. Yo era entonces muy ingenuo y creía en los semanarios socialistas. La Agrupación se indignó mucho; se publicó el artículo; juraron intervenir y, efectivamente, se callaron, según es su deber.

Pasó el tiempo. De aquellos niños —el mayor tenía doce años— varios han adquirido una tuberculosis incurable. El patrono, un excelente camión para ampliar el negocio.

Y así un caso, dos, tres, hasta mil.

No es menos dura la explotación de la mujer. Las trabajadoras gallegas lo han probado en el reciente escándalo del Seguro de Maternidad, en que su protesta unánime hizo sentir el temple proletario de Galicia.

En Bueu hay una fábrica de salazón, del señor Massó. Trabajan mujeres. El trabajo es rudo; los jornales, miserables. El señor Massó posee una gran fortuna y es un amante del arte. Sus obreras no saben mucho de arte, pero saben que la fortuna del señor Massó se cimenta sobre lo que ellas trabajan. Y ya es algo.

En cuanto a la explotación del hombre por el hombre en Galicia, no necesita ejemplos. Cualquier campesino es un ejemplo vivo. Cualquier obrero os podría hablar largamente sobre eso. Preguntadlo a los trabajadores de las obras del ferrocarril Zamora-Orense. O a los pescadores de las empresas de La Coruña. O a la masa obrera de los arsenales y astillero de Ferrol, víctima de sus capataces y del capital extranjero. O a los cargadores de los muelles de Vigo y Padrón.

2

Tal es el paraíso gallego, de que habla la burguesía. Galicia —dicen— es un paraíso español. O un paraíso para el Estado español, aunque no lo sea para los gallegos.

Madrid, el Madrid oficial, burocrático, ministerial, el Madrid señorito y casinero, se preocupa de la revolución. Y mira atentamente a Andalucía, a Cataluña, a Castilla. Pero Galicia no le preocupa.

Aquí los problemas no se plantean en una forma aguda y rugiente. Aquí el dolor es concentrado, sordo, violento. Y Madrid no teme.

La explotación en Galicia reviste una forma distinta a la explotación en Andalucía o en Cataluña. En Andalucía, el proletariado rural soporta las concentraciones de tierra; en Cataluña, el proletariado industrial soporta la alta explotación fabril. En Galicia, ni una cosa ni otra. No hay grandes capitalistas ni grandes terratenientes. Ni el capital ni la tierra están excesivamente concentrados. La explotación la realiza una pequeña burguesía parasitaria que vegeta sobre el proletariado y los pequeños propietarios.

Como no hay realmente alto capitalismo ni latifundistas, esta pequeña burguesía no tiene conciencia revolucionaria de clase contra la gran burguesía. Su conciencia de clase es reaccionaria, y va encaminada contra el proletariado. Por

eso en Galicia tienen auge las derechas republicanas, los radicales, los galleguistas católicos a lo Otero Pedrayo y Risco, los caciques casaristas, sustitutos de los caciques bugallalianos, etc. Todos esos partidos se organizan para la explotación, directa o demagógica, del pequeño propietario y el proletariado.

Esa pequeña burguesía fomenta la lucha interna entre las organizaciones obreras, e impide a todo trance la propaganda comunista entre los campesinos. Vive sobre el trabajo de unos y de otros, y ella, por su parte, expedientea, escribe, levanta actas, cobra los foros, envía a Madrid cantidades enormes recién recaudadas, refuerza las redes caciquiles y organiza las cárceles. De ella salen gobernadores, notarios, fiscales, jueces y curas.

Ahora esa pequeña burguesía tiembla. Tiembla, porque todos los meses llegan de América barcos cargados de emigrantes repatriados. Esos emigrantes inoportunos que no se han muerto de hambre en América, aumentan el número de los parados. Pero cada parado es en potencia un comunista. Y la pequeña burguesía gallega tiembla ante esta palabra.

Eremburg ha visto claro el problema, en un pasaje suyo. «Los campesinos de Galicia, enloquecidos por el hambre, se hacían en las bodegas de los grandes trasatlánticos, pero tarde o temprano, irremisiblemente, acababan siempre por volver de la ruidosa y agitada América... Vuelven a sus aldeas perdidas, a las largas noches sin luz, a los largos años sin fiestas, años enteros de ayuno... Del Nuevo Mundo no traen ni cariños ni ahorros...»

Esta repatriación en masa agudiza el problema. Cada vez se hace más patética la antinomia que existe entre el señorito que dormita su hartura en el casino, y el labriego que desvela su hambre en el terruño.

Esta antinomia entra en período crítico. Los obreros empiezan a ver claro. Las nieblas opacas de Galicia se van disipando y el Kremlin surge de entre ellas con claridad meridiana. Avanza la propaganda en el campo y la organización en las ciudades. La burguesía organiza la contrarrevolución. De nada servirán sus Sindicatos socialdemócratas y su guardia civil.

De nada. La antítesis es cada vez más violenta, más irreductible. Afilada: como un puñal. Concentrada: como una bomba.

S. Montero Díaz

Santiago de Galicia, abril 1932.

El miedo al libro

He aquí una nota de servicio de la casa Hachette, de París:

«BIBLIOTECA DE LOS FERROCARRILES. — Librería Hachette. — 113, rue Réaumur, París (2^e). — *El trabajo en Rusia*, a 20 frs., núm. 99 del Inventario (Flammarion, editor). — Se invita a las Bibliotecas a que retiren este volumen de su escaparate. — Hachette.

París, 25 enero 1932.»

Se trata de un libro de fotografías sobre el trabajo en la U. R. S. S.



Cállese la boca y siga sirviendo

(Dibujo de Grosz)

Una página de mi vida

(Conclusión)

Yo comprendo que, como los literatos viven de su pluma, no quieran publicar artículos gratuitos, pero, en este caso, que no prometan lo que no pueden cumplir.

Por otra parte, como se jactan de ser independientes y no pueden escribir lo que quieren en la Prensa que les paga, yo creí que les habría gustado hacerlo de vez en cuando en mi diario.

Preciso es confesar que, cuando, tiempo más tarde, quise publicar caricaturas en el periódico, fueron más generosos los artistas, pues no se hicieron de rogar.

Hubo algunos literatos generosos. Por ejemplo, Richepin. Al releer algunas cartas, que conservo, he encontrado unas de Stuart-Merrill, que había ya olvidado por completo.

Copio aquí una. Las otras tratan del mismo asunto. Stuart-Merrill me autorizó para que me dirigiese a él en caso de necesidad.

«Langrune-sur-Mer, octubre de 1896.



Reproducción de una litografía de Lebasque

Querido Grave: De vuelta de un corto viaje encuentro tu carta, a la que respondo enviándote el dinero que tengo: setenta y cinco francos. Dispénsame que no te haya enviado fondos desde mi primer giro. Pero acontecimientos imprevistos me han arrebatado todo el dinero superfluo. Sin embargo, quiero que creas en mi abnegación y que no vaciles en recurrir a mí. Yo haré siempre todo lo posible por *Les Temps Nouveaux*, que, aunque no opine yo como vosotros, tiene gran importancia revolucionaria.

¿No podrías encontrar unos cuantos correligionarios que se comprometieran a suscribirse por una cantidad mensual, proporcional a sus disponibilidades? De esta manera tendrías asegurada una cantidad, que calmaría las impacencias del impresor.

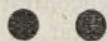
De todos modos, estoy a tu disposición para hacer

que se inserte en l'Ermitage y en el Mercure un llamamiento, si bien no espero obtener una respuesta muy decidida. Retté podría organizar una suscripción a La Plume.

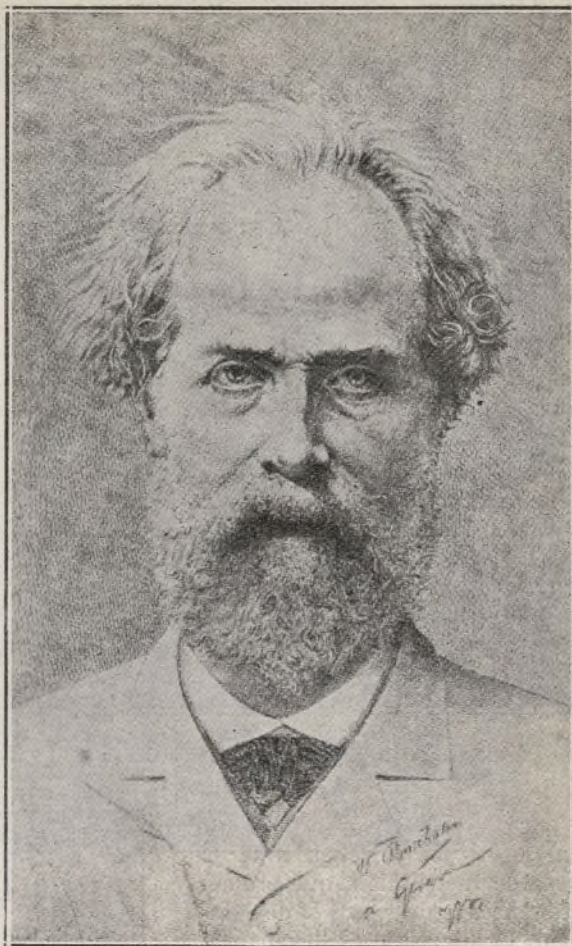
Es tu cordial amigo,

Stuart-Merrill.»

La buena voluntad de Stuart-Merrill era tan desinteresada que, aunque este autor no escribía más que versos literarios, *Les Temps Nouveaux* no reprodujeron nunca ninguno ni le hicieron ningún reclamo.



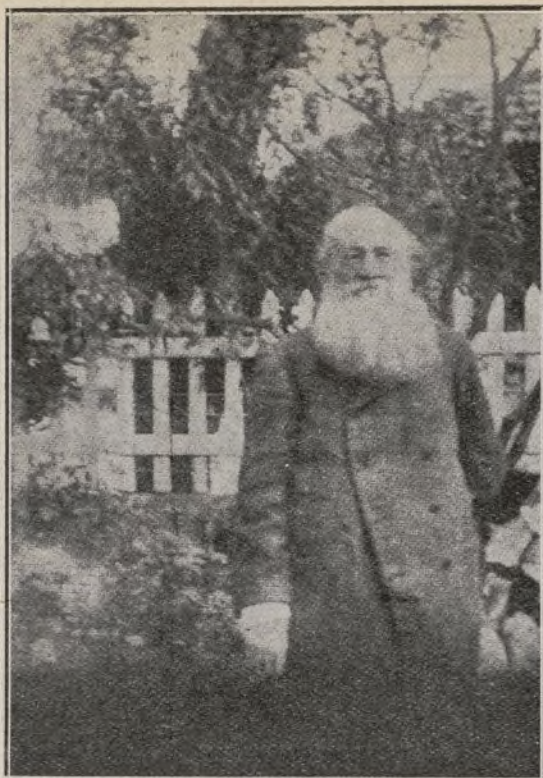
No quiero referir aquí la serie de atentados que tuvieron lugar en España desde 1892. Atentados motivados por la ferocidad del general gobernador de Montjuich. No recuerdo ahora bien los detalles. Además, no pretendo escribir la historia de este período, sino referir tan sólo los acontecimientos con que he tenido más o menos relación. Mientras estuve preso recibí muchísima correspondencia de España, que no pu-



Retrato de Eliseo Reclus

-Sais-tu, mon plaisir se m'avait
pas troué en Dostoyevsky. Sans
les *Œuvres* Karasasoff le type de parti-
tière tombé horriblement las, vicieux,
dit-on de *Martin l'enfant terrible* de
(n'est-ce pas ce roman ?). Quant à sa
fameuse conversation avec l'inquisiteur catho-
c'est complètement inspiré par les volumes
des *Mystères du Peuple* où il parle du Christ
et plus tard des auto-da-fé, et plus tard encore
de *Soyez* — Nous vous embrassons bien très
doux Ton Pierre

Extracto de una carta de Pedro Kropotkine
a Juan Grave (4 abril 1916)



Retrato de Kropotkin dedicado a Grave

menticio, les llevaban ante el juez de Instrucción, que prometía darles agua fresca si declaraban. Otras veces les llevaban al mar, en donde les sumergían hasta sofocarles. En fin, todos los horrores que inventaría el más sádico de los espíritus, digno de ese país inquisitorial.

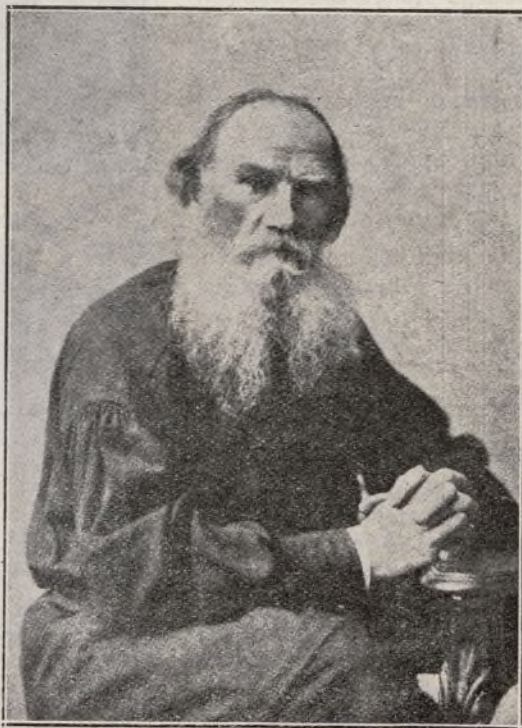
Empecé enseguida a publicar estas cartas. Esto ocupó algunos números. Severine hizo artículos, comentándolas. La Prensa burguesa no tardó en ocuparse de esto. Rochefort hizo una verdadera campaña. La mayoría de los diarios tuvieron la precaución de no citar a *Les Temps Nouveaux*, que fué el primer periódico que trató de este asunto y el que les informó de todo cuanto decían.

Cierto es que esto no tenía gran importancia, pues lo esencial era hacer la campaña, cosa

de descifrar por el momento, porque ignoraba el español, y que tuve guardada mucho tiempo en un cajón de la mesa que me servía de escritorio.

Cuando pude encontrar un camarada que se encargara de la traducción, me enteré que se trataba de camaradas españoles, detenidos a consecuencia de los sucesos del Liceo, encarcelados en Montjuich, a quienes habían torturado para obligarles a declarar que habían participado en el mencionado atentado, participación que sólo existía en el cerebro de los jueces, que pretendían encontrar víctimas a quienes castigar.

Compresión del cráneo por medio de cuerdas humedecidas, torsión de los testículos, régimen de pescado salado, sin agua ni vino. Después de someterles algún tiempo a este régimen ali-



Retrato de Tolstoi dedicado a Grave

que se hizo tan bien, que el Gobierno español se vió obligado a libertar a los prisioneros, algunos de los cuales quedaron lisados a consecuencia de las torturas padecidas.



Contraté a Girard para que me ayudase. Entre los dos hacíamos lo que podíamos.

Los artículos interesantes no faltaron, a pesar de la desertión de los literatos. Llegaban de todas partes. Tuvimos los colaboradores más insospechados. Algunos se han abierto camino después. Como Metín, que llegó a ser ministro del Trabajo; otro, que fué jefe de despacho de un ministro de la Guerra, y algunos de menor importancia.

En una discusión que tuve más tarde con Jorge Valois, me dijo que había escrito en otro tiempo en *Les Temps Nouveaux*. ¿Con qué seudónimo? Eso es lo que no me dijo Valois. Después he sabido su verdadero nombre, pero si él fué anarquista, no ha colaborado en modo alguno en *Les Temps Nouveaux*.

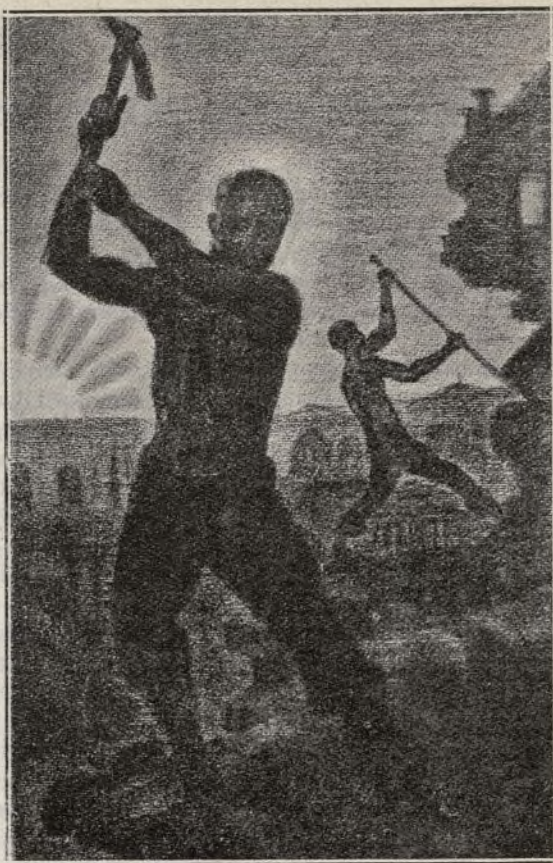
Un día vino a la oficina un capitán de Infantería. Era el único lector de *Les Temps Nouveaux* en la ciudad provinciana en donde estaba de guarnición. Hijo de un coronel, le habían educado para soldado, y él se había dejado embarcar en esa galera; pero, como había tomado aversión al oficio, había pedido una licencia ilimitada, para crearse una situación civil, cosa que no consiguió. Como tenía que sostener a su familia —no podía casarse con la mujer con quien vivía porque no tenía la dote que se exigía en los reglamentos— tuvo que reintegrarse al ejército, muy a pesar suyo. Se colocó en la Presidencia, en donde conocía a un jefe de la casa militar.

Nos envió una serie de artículos firmados con el seudónimo de Marcel Suzach. Luego, no volví a saber de él.

Otro día llegó un lugarteniente, también disgustado de ser militar. Seducido por promesas de ascenso, había cometido la tontería de reengancharse. Sólo anhelaba una cosa: salir del ejército. También a éste le perdí de vista.



Teníamos lectores y suscriptores en todas partes y en los lugares más insospechados. Algunos Gobiernos de las Américas del Sur y Central intercambiaban



Reproducción de una litografía de Signac

con nosotros su *Diario Oficial*. Un ministro de Instrucción Pública de Guatemala nos escribió pidiendo que le indicásemos algunos folletos anticlericales.

¡Folletos anticlericales! No eran de nuestro rayo, pero le indiqué algunas obras de las que podría tomar datos para hacer buenos folletos de propaganda anticlerical. Ignoro lo que pasaría después.

Me han dicho que cuando Malatesta visitó la Tierra del Fuego encontró en la primera cabaña que visitó un número del *Révolté*.

Mi ideal habría sido tener en cada país un corresponsal capaz de tenernos al corriente del movimiento social de su región. Ciertamente es que ya teníamos los periódicos que recibíamos al cambio, de los que se podía sacar datos. Por eso abusábamos de los camaradas que podían encargarse de ese trabajo. Pero yo prefería los informes recibidos directamente.

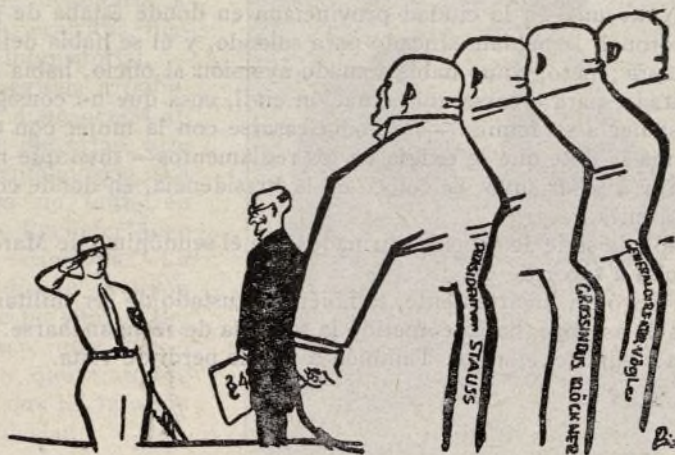
Jamás pude realizar esta aspiración: tener corresponsales regulares. Después de un tiempo más o menos corto, nos quedábamos de súbito sin corresponsales, debido a una causa u otra, generalmente por abandono del país.

A pesar de estos defectos, en la colección del *Révolté*, de la *Révolte* y de *Les Temps Nouveaux* hay muchísimos datos interesantísimos sobre el movimiento social internacional, pues nunca nos faltaron voluntarios abnegados. Siempre encontrábamos un camarada para sustituir al que nos había fallado. Lo cual duraba lo que duraba, pero es el caso que los informes llegaban.

Por otra parte, los camaradas de los demás países se dirigían a nosotros siempre que se trataba de combatir algún abuso de poder, para que dirigiésemos la campaña. De modo que, sin tener corresponsales regulares, conseguíamos, por lo menos, estar al corriente de cuanto pasaba en el mundo.

Otra ilusión mía, que, por desgracia, no se realizó, consistía en conseguir que el diario viviera sólo de la venta y de las suscripciones. Pero esto no fué posible. En los períodos más prósperos, necesitábamos siempre tres o cuatro mil francos para cubrir el déficit del presupuesto, a pesar de las suscripciones, y en los períodos de crisis, necesitábamos mucho más.

Juan Grave



Hitler a las grandes empresas capitalistas: «A vuestras órdenes, señores»

El paro forzoso aumenta la criminalidad

A PENAS hay criminalistas que se atreven a afirmar que los crímenes y delitos tengan por causa instintos de la naturaleza humana, o tendencias innatas peculiares de los individuos. Los sabios modernos que se ocupan de la criminología buscan la fuente de los crímenes y delitos en el medio y en la vida social de los delincuentes. Hay, a no dudar, relaciones muy estrechas entre la situación económica y la criminalidad.

El doctor Ernst Rössner, de la Oficina de Estadística del Reich, presentó un informe lleno de datos que subrayan la importancia de estas relaciones.

En 1830 ya se estudió la influencia de la situación económica sobre la criminalidad. Estas rebuscas se hicieron en Francia, Alemania, Inglaterra, Suecia y en todos los países que disponían de un abundante material estadístico.

Se ha comprobado que la curva de los robos seguía la dirección de la curva del precio del trigo. Todo aumento en el precio del pan era seguido por un acrecimiento en el número de robos, y éstos se hacían menos numerosos cuando el precio del pan bajaba.

Esta comprobación queda invariable hasta los años 1870-1880. Desde este momento son los precios de los productos industriales los que ejercen su influencia sobre la criminalidad. Los Estados europeos cesan de ser países agrarios para transformarse en industriales, y, por tanto, los precios de los productos manufacturados son factores más importantes que los precios del trigo.

Al día siguiente de la guerra, la terrible crisis de inflación que asoló Alemania, ha permitido a los investigadores hacer constataciones importantes.

En 1923, en los momentos álgidos de la inflación, en el momento en que las masas estaban reducidas a la mayor miseria, los Tribunales alemanes juzgaron 42.000 delitos de robo. Dos años más tarde, cuando la estabilización equilibró relativamente los precios y apareció una cierta prosperidad económica, el número de robos cayó a 12.000. Había tres veces y media menos robos. Pero hoy vuelve Alemania a sufrir una crisis gravísima. Ya no es la inflación, sino el paro forzoso. Y se vuelve a ver una vez más que la curva de los robos y de la criminalidad aumenta rápidamente.

Eugenio Rozengart, en su obra *El crimen como producto social y económico*, cita otros ejemplos del mismo fenómeno. En los Estados Unidos, el año 1884 ha sido un año de crisis, durante la cual se registró un aumento de 400.000 en el número de obreros parados. Este mismo año, los homicidios pasaron de 1.494 a 3.377; los linchamientos, de 92 a 219; los suicidios, de 910 a 1897.

Por otra parte, la estadística de los atentados a las costumbres, comprobadas en Viena, en los años posteriores a la guerra y de la inflación, da la progresión siguiente :

1919	169
1920	287
1921	558
1922	686
1923	1,067

Lo cual viene a demostrar que, tanto la inflación como las crisis industriales, al provocar el paro forzoso, la miseria, la inseguridad y el desespero es una fuente de crímenes y delitos que vienen a agravar más la crisis social.

M. C.

La jornada de trabajo en el porvenir comunista libertario

Lo más agradable sería que cada cual trabajase cuando y cuanto apeteciese, pero esto es imposible por la indispensable coordinación de los trabajos. De manera que será siempre necesario que sea establecida una determinada jornada de trabajo, lo mismo en el régimen capitalista que en el comunista libertario. Aun en la misma anarquía, deberá subsistir la coordinación de los trabajos de todos y ser establecido un régimen que, aunque no será impuesto por nadie, será acatado por todos por camaradería, solidaridad humana y necesidad de convivencia.

Siempre será indispensable un régimen que asegure la producción de cuanto necesita la Humanidad, que asegure el cultivo de los campos y el funcionamiento de las fábricas, así como los servicios públicos, los transportes y las comunicaciones. Dicho régimen es caótico en este período capitalista, siendo la codicia general la fuerza motriz de su funcionamiento; en el régimen comunista libertario será determinado por los técnicos e impuesto por la decisión de la colectividad; finalmente, cuando llegue a ser establecida la anarquía, subsistirá tal régimen por acuerdo tácito, pero siempre será indispensable un plan coordinado de trabajo.

Dentro de dicho plan es muy interesante la determinación del número de horas que cada uno debe trabajar. Lo que se llama la jornada de trabajo.

Estudiemos primeramente la jornada de trabajo dentro del régimen capitalista y autoritario actual.

La jornada de trabajo en el régimen capitalista ha sido establecida como un estado de equilibrio entre las dos fuerzas antagónicas de la codicia patronal y la resistencia societaria. En la actualidad empiezan ya a influir en su determinación otros elementos.

En los tiempos primeros del capitalismo, carente el obrero de la fuerza que puso más tarde la asociación entre sus manos, era regulada la jornada de trabajo por la ley de bronce. La lucha de clases permitió ir poco a poco conquistando mejoras y la jornada fué disminuyendo hasta llegar al escalón estable de las ocho horas. Sin embargo, las ocho horas que oficialmente rigen en toda la industria que podríamos llamar civilizada, europea y americana, son desvirtuadas por la burguesía de una manera sistemática, ya con las horas extraordinarias, ya con la retribución a destajo que condensa esas ocho horas haciéndolas valer por muchas más, al realizar en ellas el obrero una producción extraordinaria y agotadora.

En los momentos actuales, aterrorizada la burguesía por el paro forzoso, signo inequívoco de su derrumbamiento, piensa en la disminución de la jornada de trabajo como paliativo del mal, con lo que no hace sino arrojar el espejo en donde se refleja su monstruosidad, con lo que ésta, aunque desaparece de su vista, subsiste, sin que el remedio surta efecto.

En Alemania, para hacer disminuir el número de obreros en paro forzoso, se decretó en diciembre de 1931 la jornada de cuarenta horas semanales, aunque

no con carácter forzoso, guardando el Poder toda clase de consideraciones a los intereses de la burguesía (1). Esta ha aceptado dicho horario en varias industrias, pero disminuyendo proporcionalmente los jornales. En tales condiciones, lo que se intenta es que los obreros sin trabajo sean socorridos por los que trabajan. La burguesía intenta producir lo mismo gastando lo mismo, pero repartiendo el trabajo y el dinero entre todos los obreros. Una vez más demuestra el capitalismo hasta dónde puede llegar su espíritu de sacrificio.

Según el número de abril de la *Revue Internationale du Travail*, en junio de 1931, los obreros en paro parcial y los que trabajaban tenían el siguiente porcentaje respecto al número total en Alemania:

Ramos	Parciales	Ocupados
Minería	26,2	60,4
Agrícolas	11,3	47,7
Metalurgia	25,5	45,6
Productos químicos	20,8	33,2
Construcción	0,4	43
Promedio sin clasificar	17,7	52,5

La somera inspección de este cuadro demuestra la ineficacia de la jornada de cuarenta horas por semana, que solamente puede ser un paliativo.

El paro forzoso es una consecuencia inevitable del caos económico capitalista. El reducir la jornada para dar trabajo a todos, disminuyendo proporcionalmente los jornales, sería condenar al hambre a toda la masa proletaria, y tal medida únicamente puede ser establecida por una violencia fascista.

De todos modos debemos hacer notar que en el régimen capitalista y autoritario, la jornada de trabajo es considerada por la burguesía exclusivamente en cuanto influye sobre sus ganancias y contemplada a través del cristal coloreado de codicia que tiene siempre ante los ojos.

¿Cuál será la jornada de trabajo en el régimen comunista libertario? Sin pretender actuar de adivinos, podemos hacer determinadas consideraciones que creemos de interés.

En primer lugar hay que tener en cuenta que en el nuevo régimen será el único móvil de toda actividad humana el interés general. Dicho interés general será bien o mal interpretado por la colectividad al tomar sus decisiones, pero todo egoísmo desaparecerá y, en tales condiciones, se trabajará, no lo que aconseje la codicia capitalista, sino lo que sea necesario para el bien de todos, por todos determinado y cifrado.

Claro es que la jornada de trabajo dependerá del *standard* de vida que se adopte y ello nos conduce a comprender que la jornada de trabajo vendrá impuesta por los tiempos y determinada por la técnica.

Así nos vemos llevados a considerar dos épocas muy diferentes: la primera, correspondiente a los primeros tiempos del régimen nuevo; la segunda, a los tiempos posteriores.

(1) Leemos con posterioridad, a última hora, que la Conferencia Internacional del Trabajo ha aceptado en Ginebra la proposición de Jonaux para que sea restablecida internacionalmente, y en forma obligatoria, la jornada semanal de cuarenta horas, como medio de lucha contra el paro forzoso.

La primera época corresponderá al que pudiéramos llamar período de liquidación, porque en ella será preciso liquidar la deuda de justicia que heredaremos del régimen capitalista.

En ella será necesario trabajar rudamente preparando el porvenir y estará caracterizada por la escasez, de manera que será conveniente mantener la jornada de ocho horas y aceptar el *standard* de vida que sea posible lograr con dicha jornada, que irá mejorando conforme se vaya reajustando la economía y la organización del trabajo.

Será una época de deflación económica que permitirá un alza continua del nivel de vida media de todos los trabajadores, hasta que se llegue a una estabilización, en la que la colectividad se sienta satisfecha con el nivel de vida conseguido. En tal momento cesará el primer período y empezará el segundo en el que, fijado dicho *standard* de vida, se irá disminuyendo el número de horas de trabajo conforme vaya siendo posible, sin que deje de ser producido cuanto dicho nivel de vida exige. En dicha segunda época, los perfeccionamientos de la técnica y la organización irán acortando la jornada hasta límites difíciles de concebir.

Estudiemos el primer período, en el que será preciso seguir trabajando ocho horas, sin que sea, en nuestro concepto, necesario recurrir a aumentar dicha jornada, como ha ocurrido en Rusia. Allí se han encontrado con la misma necesidad de liquidar la herencia del régimen capitalista, pero, al mismo tiempo, con la necesidad de sostener un régimen estatal costosísimo. La innumerable burocracia del inmenso Estado, sobre no trabajar, cobra, y así no bastan las ocho horas para que sea producido cuanto hay que consumir, caso muy diferente al del comunismo libertario.

Es tan complejo y delicado el mecanismo de la economía, que resulta peligrósísimo el desmontarlo para volverlo a montar. Al ser proclamado el comunismo libertario, en los primeros momentos, deberá seguir funcionando dicho mecanismo exactamente igual que momentos antes, exactamente igual que el capitalismo lo tiene establecido. La única diferencia entre los momentos de antes y después será la que se dejará de reconocerle a los capitalistas la propiedad de su capital y a las autoridades la obediencia. Después, paulatinamente, aunque con la urgencia que se pueda, se irán estableciendo en el mecanismo de la economía las transformaciones lógicas nacidas del cambio de finalidad de las operaciones económicas.

La primera medida será obligar a sindicarse a todos. En los primeros momentos será indispensable establecer con todo rigor la obligación general de trabajar con arreglo a la capacidad de cada uno (1).

La segunda medida deberá ser la de facilitar trabajo a todos, tanto los parados, como los nuevos obreros procedentes de las clases burguesas y burócratas.

Ello no representará dificultad alguna. Cada Sindicato hará que los Consejos de Industria, correspondientes a las desaparecidas empresas burguesas, intensifiquen la producción de sus fábricas ampliando los turnos cuanto sea necesario para encontrar ocupación para todos. Lo único que deberá preocuparnos es el extraordinario incremento de la producción ante tan gran aumento de mano de obra, tanto más cuanto que muchas fábricas, consagradas hoy a la producción inútil o nociva, serán consagradas a la producción de cosas útiles.

(1) Un elemento digno de ser tomado en consideración será el trabajo femenino.

Pero la razón que haya hoy obreros sin trabajo, no es que exista una sobreproducción justificada, sino que los pobres no pueden comprar, por lo que los fabricantes no pueden vender, y en la nueva época no se producirá para que los productos sean vendidos, sino para que sean consumidos.

Indudablemente, si, sobre trabajarse lo mismo que hoy se intensifica la producción con el trabajo de los parados y los vagos, se producirá más que hoy y se podrá consumir más de lo que hoy se consume. Quiere esto decir que aumentará, con el consumo global, el conjunto de necesidades satisfechas, pero no quiere decir que se eleve el nivel medio de vida.

Porque dicho nivel medio de vida, resultado de que todos consuman lo mismo, se elevará para los que se encuentran sin trabajo, pero descenderá para muchos que en la actualidad están superdotados. Así resultará un *standard* de vida impuesto por las circunstancias que no será lo elevado que debiera ser y que será más adelante, por culpa de la actual organización social y los muchos defectos que habrá en su herencia y será necesario ir corrigiendo poco a poco.

En los primeros momentos aún será preciso llegar en el consumo de muchos artículos hasta el racionamiento. El ideal de que cada uno coma cuanto le pida el cuerpo, dentro de lo que aconseje la higiene, tal vez no pueda ser alcanzado los primeros días. Será indispensable incrementar muchísimo nuestra producción agraria para que todos los españoles —si se trata de nuestro país— puedan comer razonablemente. Será también necesario organizar el intercambio del exceso de nuestra producción de aceite y de vino con otros países que nos proporcionen otros productos necesarios.

También será preciso trabajar muy intensamente hasta conseguir que todos los españoles estén decente e higiénicamente alojados.

Será indispensable ir reorganizando la industria en todas sus manifestaciones y la agricultura, ya que todo deberá ajustarse al bien general, en lugar de seguir subordinado al egoísmo capitalista. Así será fácil incrementar enormemente la producción agrícola, porque nuestros agricultores no tienen interés particular en que aumente, siendo para ellos más negocio emplear su esfuerzo en cultivar medianamente más tierra que hacerlo bien en límites más reducidos. En trigo se produce en España en promedio 10,2 quintales métricos por hectárea, mientras que en Dinamarca se producen 33,1. En cambio, gracias a los artilugios del capitalismo, una hectárea cultivada de trigo le produce en promedio al propietario español 42,90 pesetas y en Dinamarca solamente 30,7.

Existen grandes riquezas naturales que el capitalismo considera como reservas y que no ha podido utilizar por no disponer del capital indispensable para su explotación. En el caos económico del capitalismo, la vida de la economía necesita, como en los animales, la de la sangre, la circulación del dinero, dinero que es su elemento vital. Por otra parte, el dinero, como la sangre, está expuesto a incontables enfermedades e infecciones. De aquí la incapacidad del capitalismo para utilizar tales riquezas naturales. Al intentarlo durante la Dictadura, enfermó la moneda, resintiéndose toda la economía nacional. El comunismo libertario sustituirá al dinero, como elemento vital, el trabajo, y podrá emprender la explotación de tales riquezas naturales, dedicando a ello el esfuerzo humano que se juzgue en cada momento que puede ser distraído de la producción de cosas necesarias para el consumo general. Esto influirá en el sostenimiento de la jornada de ocho horas al principio. Después, cuando ya dicha jornada pueda disminuir, frenará dicha disminución. Será trabajar con miras previsoras al día de mañana, a las generaciones futuras.

Alfonso Martínez Rizo

(Terminará en el número próximo.)



EGYPTO



GRECIA

EDAD MEDIA



SIGLO XVIII



SIGLO XX

EL

RABAJO

Historia gráfica

RENAU

La ruina del Sureste de España

El Sureste.-Diluvios destructores, sequías agostadoras.-Un pueblo que agoniza

EL SURESTE.—El viajero que tenga el valor de tomar en Murcia el único tren diario que atraviesa la extensa región que se extiende hasta Granada, va a tener dos impresiones bien tristes. Primero, la de hacer el viaje más lento y con el material más anticuado que tal vez pueda encontrarse en todos los ferrocarriles europeos (¡ hemos visto una locomotora de 1857 !). Segundo, la de atravesar una región que agoniza, cuyos habitantes se mueren o huyen —si pueden—, ante el abandono en que parecen haberles dejado la Naturaleza y los lejanos gobernantes que, desde Madrid, mandan y legislan.

El viaje es inenarrable. Unos vetustos vagones de viajeros componen ese solo tren diario, que hace el recorrido completo de Alicante a Granada a la velocidad comercial pasmosa de ¡ veintidós kilómetros por hora ! La fuerza vital de esta pobre región queda exteriorizada en este dato, ya que esta vía férrea es la única que la atraviesa en toda su extensión, cruzada únicamente por la línea de Almería a Baeza. En efecto, su riqueza se reduce a sus vegas y a algunas minas.

Ya en su extremo occidental se inicia una zona bien distinta: la región uvera de Almería, y las Alpujarras, donde la lluvia es más abundante. Pero, en la mayor parte de la extensa zona que se extiende desde la Sierra Nevada hasta el Segura, limitada al N. O. por las Sierras de Cazorla y del Segura, las lluvias son pobres y la vegetación tan escasa que las montañas, peladas y áridas, parecen de cartón.

El hombre que vive en esta extensa región —que comprende toda la parte meridional y occidental de Murcia, la mayor parte de Almería y la mitad oriental de Granada— es pobre y depende, aún más que los otros habitantes de la España seca, de los caprichos del cielo. Pocos ejemplos hay de tan intensa dependencia del hombre y de su situación económica y social respecto del medio en que vive. Esto nos prueba, una vez más, que el estudio de las cuestiones sociales es imposible sin un buen conocimiento previo de la geografía. Todo lo demás es andar a tientas—teorías especulativas de gabinete, en muchos casos sin gran valor.

Trabemos, pues, ante todo, conocimiento con el escenario de la tragedia humana de que quiero hablar al lector.

Le atraviesan una serie de serranías generalmente orientadas de S. O. a N. E., que se suceden paralelamente a la costa: Sierra del Cabo de Gata, Sierra Alhamilla, Sierra de los Filabres, Sierra de Baza, Sierra de las Estancias, Sierra María, La Sagra, Sierras del Segura... Entre ellas aparece una serie de depresiones más o menos amplias, que constituyen hoyas y vegas.

Las montañas están peladas. Todo el revestimiento forestal —que sabemos, por datos históricos, que existió precedentemente— ha desaparecido. La roca aparece al desnudo: es todo lo que queda de un cuerpo cuyo esqueleto ha sido despojado de su carne. En efecto, a la vegetación siguió la desaparición de la tierra vegetal. Así aparece la roca caíva, siniestra, de los colores más variados, que van desde el negruzco de la Sierra del Cabo de Gata hasta el grisáceo blanquecino de la de los Filabres, pasando por el mosaico de los más vivos colores de los montes vecinos de Lorca.



En el Sureste hay miles de trogloditas. El 59 por 100 de la población de Guadix vive en cavernas como éstas.

(Fot. Reparaz)

si no cuentan con agua para el riego. Tal es el caso de la altiplanicie del Marquesado de Cenete de Guadix a La Calahorra y Huénaja, en el que los habitantes se concentran en los pueblos situados en los primeros pliegues de la Sierra Nevada, hasta donde llegan las aguas vivificadoras de la montaña, mientras el llano está despoblado. La carretera de Guadix a Almería ha seguido esta desviación de los seres humanos y pasa pegada a las primeras laderas de la serranía, mientras el ferrocarril, buscando la línea más corta, atraviesa el centro del llano, de manera que de las estaciones a los pueblos hay ocho, diez o doce kilómetros de distancia.

DILUVIOS DESTRUCTORES, SEQUÍAS AGOSTADORAS...—Sólo bajan aguas perennes de aquellas serranías que, además de pasar de los dos mil metros, se hallan por su situación bien colocadas para recibir la humedad marítima. Tal, por ejemplo, la Sagra, de donde descienden el Castril y el Guardal, brazos principales del Guadiana Menor, el colaborador más importante del Guadalquivir superior en la formación del gran río bético. Si no, los lechos son ramblas secas (*rambla*, del árabe *rmel*, arena: nombre bien elocuente de estos lechos anchos, pero secos, de los ríos del S. E.).

Cuando cae alguna rara lluvia, ésta suele ser repentina y fuerte. La poca frecuencia corre parejas con la irregularidad violenta. Nada la detiene: los árbo-

En el fondo de las hoyas, algunas vegas fértiles por las que a veces baja un poco de agua. Generalmente están secas, pero conservan bastante humedad para constituir un oasis: tales las del Almanzora, las del Castril, las del Guardal. Otras veces las depresiones, aunque sean amplias llanadas, están semidesiertas, ya que sólo pueden dar escasas cosechas extensivas



El antro más pobre de Guadix

(Fot. Reparaz)

les son un recuerdo de siglos pasados y las últimas destrucciones aún están presentes en la memoria de muchos hombres. De roca en roca baja el torrente, o, mejor dicho, los mil torrentes, porque toda la montaña es torrente. Desciende, se precipita, arrastra cuanto encuentra a su paso, y va, allá abajo en el valle, después en la vega, finalmente en la amplia llanada de la huerta lejana, a destruirlo todo. Quedan aplastadas las plantas por la masa acuática, cubiertas las sementeras de lodo y piedras que han bajado de allá arriba, de los picachos y de las laderas que se rebajan para hacer subir el llano hacia ellas con los despojos que les envían... En Lorca, por ejemplo, al cavar pozos, se han encontrado los huertanos con otros canales y otros partidores a ocho y diez metros por debajo del nivel actual; y a este hecho añade el geólogo Botella que en la región de Almería los fenómenos de colmataje (es el nombre geográfico que se da a la acumulación de sedimentos) aún han sido más considerables. Y todo este inmenso material ha bajado en sucesivos diluvios de la montaña, destruyendo repetidamente la huerta que habían conseguido cultivar durante años y años de esfuerzos, los habitantes...

La sequía inacabable alterna con estos bruscos diluvios destructores. En pocas horas queda destruída la labor de decenios. Entre otras muchas, se recuerdan las fechas siniestras de 1651, 1733, 1879, 1884... El 79, el diluvio que cae en una estrecha zona que se alarga desde el Campo de Níjar hasta Moratalla por Taberno, Vélez-Rubio, la Sierra de las Estancias, los Montes de Lorca, Singla y Caravaca, hace bajar a la llanura una gigantesca masa de agua, que se calcula en setenta a ochenta millones de metros cúbicos. Y las escasas horas que dura, bastan para producir un cataclismo. Para comprender la inmensidad de la avalancha líquida recuérdese que un metro cúbico de agua destilada (ésta pesaba mucho más, ya que bajaba cargada de materiales) pesa una tonelada. Por lo tanto, se precipitó de la montaña una enorme mole de más de setenta a ochenta millones de toneladas, que cubrió una zona relativamente pequeña. Y si recordamos que la flota mundial, en 1930, desplazaba 64 millones de toneladas, veremos que, aun movilizándola toda, no podríamos cargar en ella aquella masa gigantesca de agua y de materiales de la montaña... Así no nos extrañarán las consecuencias: 2.611 casas y 314 barracas de sesenta ciudades y aldeas, destruídas; 423 y 1.047, deterioradas; 300 muertos...; 16.000 hectáreas quedaron cubiertas de agua, y en Lorca, en el lecho generalmente seco del Sangonera, se llegó a un caudal increíble de 912 metros cúbicos por segundo. El transporte de materiales procedentes de la alta cuenta alcanzó proporciones increíbles; baste decir que una roca de cuarenta metros cúbicos quedó depositada por la corriente a la puerta de una iglesia que se encontraba a cinco metros sobre el nivel normal del río. Las demás fechas son otras tantas catástrofes: 1651, 600 casas y seis conventos de Murcia destruídos; 1884, subida del Segura a catorce metros sobre su nivel normal, formación de un enorme lago que se extendía desde Alcantarilla hasta Orihuela y que anegó toda la cosecha de la riquísima huerta.

Estos diluvios son un sarcasmo. Se han pasado años de sed durante los cuales todo se ha agostado. Y luego, cuando, por fin, viene el agua, en vez de ser un beneficio, ¡es un agente destructor de potencia sin igual! Claro está que esto no pasa siempre, pero sucede con demasiada frecuencia para que no sea una plaga bien de temer.

Pero la característica esencial de la región es la sequía. Zona esencialmente árida —¡la más árida de Europa!—, es una región de estepas. En 6.000 kilómetros cuadrados calcula Reyes Prósper su extensión (1). Las plantas de estepa salada predominan en grandes extensiones. El esparto es el rey de estas tierras,

(1) Reyes Prósper: *Las estepas de España y su vegetación*. Madrid, 1915.

donde llueve tan poco. Tan poco, que estamos, como hemos dicho, en la región más seca de Europa —más seca, incluso, que las estepas del bajo Volga, que hasta ahora se creían la zona más árida del continente europeo, pero que han sido destronadas de este honor por los resultados recientemente publicados por el servicio meteorológico español referentes a las estaciones del S. E.—En Almería sólo cae un promedio de 170 milímetros de lluvia al año; en la región del Cabo de Gata, 103; en la del Cabo de Palos, 197; (Valencia, 490; Barcelona, 540; Málaga, 610: ¡cuatro a seis veces más!) Y, además, con la irregularidad que hemos visto: de sopetón, en pocas horas, cae en esta región, de clima típicamente desértico (la irregularidad es la mejor prueba de ello), la cuarta parte, un tercio, a veces la mitad, de toda el agua de un año. Y luego vendrán largos meses de sed, de calor aplastante que todo lo agosta y que acaba con las esperanzas de los labradores más optimistas...

Triste país de la miseria, del tracoma, del hambre, del que ningún gobernante se ha cuidado. No se han repoblado sus montes, dejándoles degradarse cada vez más, ásperos y recortados, bajo los nuevos diluvios; no se han creado pantanos para regar y guardar las aguas para los tiempos de sequía, sin dejar que se vayan estúpidamente al mar después de destruirlo todo —doble perjuicio que se hubiera podido evitar—; no se han construido caminos; nadie se ha cuidado de la higiene ni de la instrucción de su pueblo...

Veamos ahora algunas de las consecuencias de la incuria del hombre, aliadas a lo desfavorable que se ha mostrado la Naturaleza, verdadera madrastra aquí.

UN PUEBLO QUE AGONIZA.—El murciano, el almeriense huyen de su tierra arisca. Pueblan y sirven de animales de trabajo a los franceses de Argelia: España no los ha preparado más que para que otros utilicen sus músculos, única cosa cotizable que tienen, ya que ni son técnicos, ni tienen preparación alguna. Pues bien, después de la matanzas de Saida se volvieron a España muchos de ellos. Pero, como decía el geólogo Sebastián, en la Sociedad Geográfica: «Las provincias de Levante son muy pobres, y esta pobreza fué causa de que los que habían vuelto salieran otra vez a arrostrar la muerte, y prefirieran correr el riesgo de morir en los espartales de Orán, a sufrir hambre en su país natal.» Tal es la miseria del S. E. Y hoy aún es mayor, si es posible. Veamos.

Para que no se me tache de «pesimista» (fácil sambenito que aplica al que revela la verdad desnuda el español, hombre fofa y acomodaticio, poco amigo de preocuparse de los verdaderos problemas de su patria), voy a ir citando casos concretos y recientes, en parte, vistos por mí mismo.

«Levante está castigado por la falta de agua —decía *Crisol* en noviembre último).—Hay centenares de pueblos que carecen de ella, hasta para las más urgentes necesidades de la vida. Tal es el caso de Cartagena, Lorca, Hellín, Chinchilla, Villarrobledo y tantos otros pueblos manchegos o levantinos.» Y que, luego, por excepción, hayamos tenido un invierno lluvioso, poco significa: luego vendrá la nueva serie de años secos, inacabables...

Cartagena está sin agua y el pueblo de aquella ciudad ha pedido una y mil veces «con la entereza del que ya raya en la desesperación, que se acometa rápidamente, velozmente (que la muerte no admite espera, y es la muerte la que se adueña de nuestros campos), el problema de dotar de riegos a estas tierras sedientas, borrando la ignominia de que se pierdan en el mar las aguas del Segura»... (Escrito de la Comisión pro Riegos y Aguas de Cartagena, junio de 1930.)

Vamos un poco más allá. Y siempre encontraremos la misma agonía de miles y miles de seres humanos...

Lorca, con su extensa vega —pero con su pésima y onerosa organización de los riegos, a causa de la distribución del agua del pantano de Puentes, viciosa y basada en la forma capitalista y aplastante para el labrador de la subasta diaria del agua. Lorca —decíamos— se despuebla, se muere de hambre porque

sus campos se mueren de sed. 27.000 almas emigraron en el solo año de 1930. La población, que en el censo de 1920 ascendía en el término a 76.000 habitantes, no pasa ya de 46.000. ¡Y qué población! ¡Todos en la miseria, casi todos teniendo la mano! ¡Una tragedia! ¡Y una prueba terrible de la incuria y de la incapacidad de una clase gobernante! Los obreros se caen de inanición, los labradores ya ni tienen simientes, todo está hipotecado... El dueño del mejor hotel, de una vieja familia lorquina (la fonda estaba vacía), me decía hace meses: «Si esto sigue, cierro el hotel y emigro yo también.» Emigración o muerte: he aquí el dilema en esta triste región... ¡Pobre Lorca, en el centro del Sahara español! «Sabido es de todos que es la ciudad española en que brilla el sol, sin nubes que lo empañen, durante más número de días al año. Ha pasado justamente medio siglo y todavía se habla del año 80, pródigo en lluvias, como de cosa excepcional. Los días de lluvias abundantes y oportunas se recuerdan como fechas históricas, quedan fuertemente grabados en la memoria, no se olvidan nunca: 24 de febrero de 1894; 27 de octubre de 1900; la nevada del 25 de diciembre de 1926, etcétera. El espectáculo de la lluvia, siempre hermoso, adquiere en Lorca un emocionante carácter subjetivo, muy diferente del que tiene en cualquier otra parte...» (1).

Sigamos nuestra peregrinación. De Vélez Rubio ha emigrado la mitad del vecindario. «Centenares de casas están cerradas y, por las calles, piden limosna miles de labradores y obreros, muchos de ellos con siete u ocho hijos esqueléticos. Hay muchas defunciones por inanición.» (2).

Adelante. Habla ahora el alcalde de Pulpí. «La situación aquí llegó a los límites de la desesperación. Centenares de obreros en paro forzoso. Ya no comen. Se mueren de hambre y no tienen un pedazo de pan para dar de comer a sus hijos.» Hace meses que pide socorro. Diputación, gobernador: ¡¡¡ Todos sordos!!! «Nadie responde. Ningún aliento. Ninguna esperanza.» (Augusto Barcia, en *La Libertad*, septiembre de 1931.) ¡Así se gobierna!

Continuemos el *vía crucis*. Estamos en Albox, en la vega del Almazora. «Hace muchos años que no llueve en Albox. Los manantiales que mantenían en producción los campos se han agotado. Los árboles se secaron ya. Sobre las tierras, otros días fértiles, ha caído una maldición. No producen maíz, ni uva, ni legumbres, ni almendra, ni nada. La gran cantidad de fruta que se exportaba ha quedado reducida a una cantidad insignificante. Los labradores modestos han perdido sus tierras; los labradores ricos están en la miseria. El fisco, a pesar de todo, sigue cobrando las contribuciones, impasible, a los vecinos que no se fueron. Cuatro mil han emigrado ya.» (*El Sol*, 27-II-1931.)

Bajemos hacia el Sur. Tabernas de Almería se va extinguiendo. En 1910 tenía 8.238 habitantes. Hoy no llegan a 5.000. Todo está seco, todo se ha agostado. Miseria, hambre: la eterna historia... y el fisco sigue cobrando, impertérito...

¿Más? Pues atravesemos el río Almería. Alhama la Seca tiene un nombre simbólico. Se muere también. Hace veinte años producía 400.000 barriles de uva al año. Hoy, apenas exporta 100.000. Antes del 22 pagaba 13.000 pesetas de contribuciones; hoy, 55.000. Lógica: ¡¡¡ si ya no produce, que pague más!!! Pero en 1903 había 10.000 almas; ahora apenas tiene 4.000. Cuando ya no haya nadie, ¿quién pagará? Los campos se secan, no hay agua. De sed han perecido millares de parras. Siga la tragedia. ¿A quién le importa?...

Por otra parte, si la agricultura agoniza, las minas, de capital extranjero y de jornal mísero, se van cerrando por causa de la crisis mundial. La Unión, en

(1) José Zarauz Cachá: *Lorca en 1930*. Lorca, 1931; págs. 74 y 75.

(2) Comunicación de don Diego Sánchez, publicada en *El Sol*, de 6-III-1931.

esta primavera del año de gracia de 1932, se cae en ruínas —así, como suena—. ¡Y tenía más de 25.000 habitantes! En Lucainena de las Torres, un pueblo cuyas 500 familias de mineros vivían suntuosamente con el espléndido jornal de dos pesetas (¡¡¡dos pesetas, señores, no han leído ustedes mal!!!), las minas se cierran, porque el mineral ya no se exporta...

¿A qué seguir? El S. E. de España agoniza. Toda una región de la Península se va transformando rápidamente en un desierto. ¿Quién lo sabe? ¿Quién protesta? ¿Qué medidas se toman? Nadie, ninguna...

El Estado español no sabe —no sabía hasta abril del año pasado, y ahí están Castilblanco y Arnedo para seguir pregonando que sigue sin saberlo—, el Estado español, decíamos, no conoce más instrumentos de gobierno y de acción civilizadora que la guardia civil, organizada medievalmente, y el recaudador de contribuciones, que se parece mucho a los agentes del baxá marroquí... Palos —o tiros...— abundantes y esquilmación progresiva: he aquí el programa. La mentalidad nacional no da más de sí...

Y el S. E. seguirá muriéndose tranquilamente. Y sobre los últimos esqueletos se instalará el recaudador, pidiendo sus cuartos...

Gonzalo de Reparaz (hijo)

El imperialismo europeo y el Cinema

En Francia se ha prohibido la proyección del film cómico, de Buster Keaton, «De frente, marchen».

Los controladores oficiales aducen que la prohibición ha sido llevada a efecto porque dicho film ridiculiza la guerra.

Otro film social, prohibido en Alemania, «Kuhle Wampe» (nombre de una colonia de huelguistas). Este film refleja con toda realidad y crudeza la situación de los proletarios alemanes, y en su curso hay varias canciones que claman por la solidaridad de todos los obreros, y algunas frases como ésta: ¿Quién cambiará el mundo? Aquellos que no encuentren en él ninguna comodidad.



El valor de los bienes y del trabajo (Ensayo histórico)

LAS primeras nociones, escasamente precisas, del valor de las riquezas se remontan al principio de la Ciencia económica, es decir, al final del siglo XVIII, y se deben especialmente a la escuela francesa llamada de los «Fisiócratas».

Es cierto que ya entre sus precursores, los «Mercantilistas», de los siglos XVII y XVIII, se encuentran economistas que, de una manera aún confusa, habían comenzado a hacer del trabajo y salarios obreros la base del valor «real» o «natural» de las riquezas (valor real, valor natural, etc.). Y para William Petty (1623-1687) hasta la cantidad de trabajo, apreciada por su duración, es ya la base y medida del valor.

Mientras tanto, los «Mercantilistas» —como su nombre indica suficientemente— buscaban aún el origen de toda ganancia de empresa y de todo subproducto en el comercio, en la esfera de la *circulación* de las riquezas y no en la de la *producción*. Habían comenzado a distinguir el valor mercantil de las mercancías (precio, precio corriente, valor extrínseco, etc.), de su valor intrínseco. Según sus teorías, los productores llegaban, por el comercio y el contacto inmediato con los consumidores, a realizar una ganancia que los teóricos consideraban como un *suplemento* pagado por los consumidores, que se añadía al valor real de los productos; así, confundían toda noción del valor.

El estado primitivo en que se encontraban aún, en su época, la agricultura y la industria y el impulso que había tomado, en cambio, el comercio de ultramar con las Indias y América, explican sus concepciones.

Son los fisiócratas del siglo XVIII (Quesnay, Mirabeau, Dupont de Nemours, Turgot, Gournay, etc.), quienes, estableciendo el origen de toda ganancia y de todo valor en la producción, han podido ser los primeros en emprender estudios serios sobre la naturaleza del valor de las riquezas.

Según los teóricos fisiócratas, sólo la agricultura sería capaz de procurar un excedente, un «producto neto», sobre los gastos de explotación. El capital comercial o industrial no podía fructificar, según sus concepciones, más que gracias al capital agrícola, y el beneficio de empresa no constituía cada vez, según ellos, más que una parte de la renta rústica que situaban en primer término, en el estudio científico del aumento de la riqueza.

La escuela clásica inglesa de Adam Smith (1723-1790) y de David Ricardo (1772-1823) ha desarrollado la teoría de los fisiócratas, dando un fondo más sólido a las concepciones corrientes sobre el valor de las riquezas y del trabajo humano. La crítica de Smith, al decir que la noción del «trabajo productivo», formulada por sus predecesores franceses era incorrecta, no era, en resumen, una refutación de las concepciones fisiócratas. Es curioso encontrar aún, casi un siglo más tarde, en Carlos Marx, el juicio siguiente: «Los fisiócratas están aún en lo cierto cuando afirman que toda producción de plusvalía, todo el desarrollo del capital, se basa naturalmente en la productividad del trabajo agrícola.» (*El Capital*, tomo III. Segunda parte, capítulo XLVII, pág. 318; traducción francesa de Molitor, t. XIV, pág. 63.)

Pero Smith —el padre de la ciencia económica— corrigió la teoría fisiocrática, exponiendo claramente que la transformación de los productos por las industrias, su preparación para el comercio y los transportes podían crear nuevos valores, lo mismo que el trabajo agrícola.

Esta nueva teoría se explica naturalmente por el desarrollo que las industrias,

los transportes y el comercio habían tomado, antes que en cualquier otro país, en Inglaterra, hacia el final del siglo XVIII, y este hecho hacía ya imposible creer en la exclusiva omnipotencia del trabajo agrícola.

Smith y Ricardo han resultado los principales representantes de la clásica teoría llamada del *costo de producción*, que ha tomado entre nosotros la forma de una *teoría del valor del trabajo*.

Adam Smith creyó encontrar en el trabajo la *medida real* (*the real measure*) del valor de las riquezas (*valor de cambio o valor de venta*). «El *precio real* de cada cosa, lo que cada cosa cuesta realmente al que se la quiere procurar, es el esfuerzo y molestia que se debe imponer para obtenerla. Lo que toda cosa vale realmente para el que la ha adquirido y desea venderla, o cambiarla por otra cualquiera, es el esfuerzo y la molestia que le evita la posesión de tal cosa y que ella puede imponer a otras personas.» (Adam Smith. *Wealth of Nations*, libro I, capítulo V; edición de Mac Culloch, Londres, pág. 38. Trad. franc. Garnier, edit. 1881, tomo I, pág. 35.)

Con esta definición, nos encontramos enteramente en el dominio del valor del trabajo subjetivo. Es cierto que el mismo Smith aparece confuso en la exposición de su teoría y que, algunas líneas solamente antes de la frase que acabamos de citar, parte de un punto de vista diferente: «El valor de un género cualquiera no será determinado por el trabajo del productor, sino por la *cantidad de trabajo que dicha mercancía pone, al poseedor, en estado de adquirir.*»

Ricardo reprocha a Smith la ambigüedad de su doctrina y recalca que, después de haber definido «con tal precisión» la fuente primitiva de todo valor de cambio, él mismo crea otra medida de valor: «Tan pronto habla del trigo como del trabajo para tipo de medida, escribe Ricardo; no ya de la cantidad de trabajo dedicado a la producción de una cosa, sino de la cantidad de trabajo que esta cosa puede adquirir; como si estas dos cosas fueran equivalentes...» (David Ricardo. *Principes of Political Economy and Taxation*, cap. I, secc. I, edic. 1888; traducción francesa, pág. 5.)

En efecto, la teoría del valor, de Smith, está falta de precisión y encierra contradicciones evidentes, que se reducen a la postre a una confusión entre el *valor de producción* y el *valor de cambio* y, con la expresión en moneda de este último, el *precio de venta* de las mercancías.

Hay que advertir que, hasta la fecha, todas las escuelas de los economistas que representan la teoría del valor del trabajo, desde el sucesor inmediato de Smith —Ricardo, que completa y corrige la teoría del maestro— hasta Rodbertus (1805-1875) y Carlos Marx (1818-1883), han incurrido, siguiendo a Smith, en la confusión que acabamos de indicar.

Sin embargo, Smith había indicado bien ya el camino a seguir, para proceder al análisis del valor de producción considerado como elemento esencial del valor de cambio. El trabajo invertido por un productor cualquiera, A, en crear una riqueza podrá ser, en efecto, la base sobre la cual fijará este productor el precio de su producto. Pero, habrá que preguntarse aún si este costo de producción personal podrá realizarse enteramente, en el mercado, en el precio definitivo del producto. Carlos Marx es el representante más autorizado de la clásica *teoría del valor de trabajo*; al examinar y criticar ahora esta teoría, es necesario detenerse ante las concepciones marxistas, sin necesidad de ocuparse de las fórmulas de economistas, tales como Mac Culloch (1789-1864), John Stuart Mill (1806-1873) y otros, que se contentaron con modificar ligeramente la teoría clásica o se convirtieron en sus vulgarizadores, sin inquietarse mucho por las contradicciones que acumulaban.

Según Marx, el trabajo humano crea, él sólo, todos los valores y es «la sustancia y la medida inmanente de los valores. (*El Capital* tomo I, cap. XVII, tercera edición, pág. 548; trad. franc. Molitor, t. III, pág. 195.)

A fin de demostrar esta hipótesis, Marx pone, en el principio mismo del pri-

mer volumen de su *Capital*, dos mercancías —trigo y hierro—, en ciertas cantidades, frente a frente, y dice: «Cualquiera que sea su relación de cambio, puede siempre estar representada por una ecuación, en la que una cantidad dada de trigo se reputa igual a una cantidad determinada de hierro; por ejemplo, un cuarterón de trigo es igual a X quintales de hierro.»

«¿Qué significa esta ecuación? —continúa—. Es que en dos objetos diferentes, en un cuarterón de trigo y X quintales de hierro, existe algo común de las mismas dimensiones...» «Esta cosa común no será una propiedad natural cualquiera, geométrica, física o química, de las mercancías. Sus cualidades naturales no entran en consideración más que en aquello que les da una utilidad y las convierte en valores prácticos.» Aquí interviene en Marx «la abstracción» del valor práctico, y por procedimiento dialéctico, va a parar tranquilamente a la conclusión siguiente: «Si se hace abstracción del valor práctico de las mercancías no les queda más que una cualidad: la de ser productos del trabajo.» (Marx, lugar citado, cap. I, págs. 3 y 4; trad. franc., tom. I, págs. 6 y 7.)

Según la teoría marxista, los medios de producción, fábricas, primeras materias y accesorios, máquinas y otros instrumentos de trabajo «no pueden nunca añadir al producto más valor que el que ellos posean, independientemente del proceso de trabajo para el que ellos sirven». (Obra citada, cap. VI, pág. 187; trad. franc., tomo II, pág. 44.)

Para la mercancía trabajo, o, más bien, para la mercancía *fuerza de trabajo* —pues Marx admite que el capitalismo no adquiere el trabajo, sino la *fuerza de trabajo* del obrero— el costo de producción se resume en los gastos necesarios para el mantenimiento material del obrero; estos gastos, fijémonos bien, se traducen igualmente en trabajo. «El tiempo de trabajo necesario para la producción de la fuerza de trabajo se resuelve, pues, en el tiempo de trabajo necesario para la producción de los medios de subsistencia; o bien, el valor de la fuerza de trabajo equivale al valor de los medios de subsistencia necesarios al mantenimiento de su poseedor.» (*El Capital*, ob. cit., cap. IV, sección 3, pág. 148; traducción francesa, t. I, pág. 195.)

Una crítica algo profunda de los extraños procedimientos metafísicos, en los cuales ha llegado Marx a fundar su teoría, nos apartaría del tema desarrollado en el presente artículo; véase a este objeto nuestra *Théorie de la Valeur*, capítulo VII, pág. 145 y siguientes.

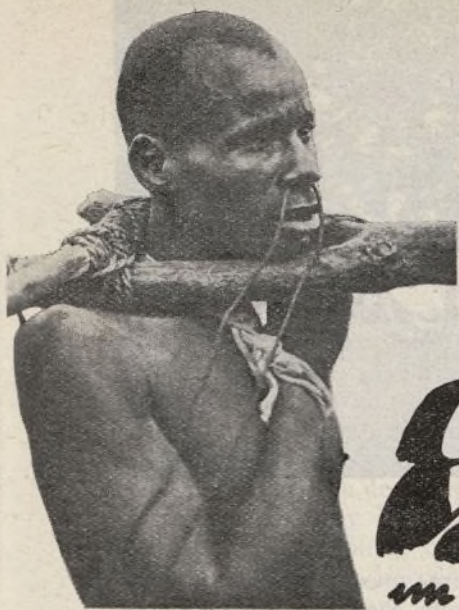
Christian Cornelissen

(Terminará en el número próximo.)



En Alemania

Hacia fines de enero pasado de los ciento cincuenta y cinco altos hornos que cuenta Alemania, cuarenta y ocho estaban en completa actividad; cuarenta y dos, a media producción; veintiocho tapados; doce en reparación, y veinticinco, apagados.



Esclavos...

un crimen social de nuestros días

PERDURA y perdurará la esclavitud, porque la lucha por su extinción reclama que se gasten en ella todas las energías y la ayuda perenne y desinteresada de las armas que presta la opinión pública. Podrá aducirse que hoy la opinión pública no puede sentirse preocupada por las cuestiones relativas a la libertad individual, pues cada día son mayores los esfuerzos que necesita hacer para lograr la conquista de los bienes materiales, principal objetivo del mundo moderno. Pero nada más imprescindible para esta conquista que la condición de ser libres en pensar, hablar, trabajar y creer. Por esto el valor de la libertad se aquilata cada día con mayor empeño.

¿Cuánto tiempo se necesitaría para quedar suprimida la esclavitud?

Actualmente habrá en el mundo unos *seis millones de esclavos*, y libertando anualmente unos 5.000, que son los que la alcanzan, por liberación pagada y por piernas... Solamente se necesitarán diez siglos para que quede suprimida. ¡En verdad que diez siglos son poca cosa!

Es preciso rasgar los velos para que todo el mundo pueda contemplar el «infierno de Abisinia», «el infierno cotidiano», la vida en los talleres secretos de China (visto por M. Coates) y la venta de gentes a 40 y a 80 pesetas, inferiores sin duda a un cerdo, a un carnero, a un toro, o a un caballo.

¿Y la caza de esclavos?

Calculad la atroz agonía moral y física de las caravanas de esclavos abisinios, atados al yugo de dos en dos, y cazados a tiros, cuando la caravana es atacada por otros bandidos, que, superiores en número, quieren apoderarse del botín. Encadenados, sin defensa posible en medio de la fusilería, que se ceba en esta carne de cañón baratísima. ¡Innoble crimen contra la Humanidad!

Una niña de doce años, arrancada de su pueblo al borde del lago Tchad, fué encadenada, para ser vendida en Trípoli, después de hacer 1.800 kilómetros a pie, por unos negreros árabes.

Las emanaciones pestilenciales de la esclavitud, infectan la vida industrial de las regiones tropicales. En las «servicaes» de Santo Tomé; las crueldades que se cometen con los pescadores de perlas del golfo Pérsico, no son solamente



Un mercado de esclavos en la actualidad

crueldades diabólicas, sino locuras económicas, locuras apenas creíbles en estos tiempos, originadas por la mentalidad pervertida que acompaña siempre a la posesión y al comercio de los seres humanos.

América paga hoy centuplicados, por sus dificultades políticas y económicas, sus conflictos de raza, el crimen de haber arrancado más de cinco millones de indígenas de sus apacibles pueblos africanos para encadenarlos como esclavos en los campos de algodón.

Ellos verán si miran más lejos una gloriosa visión de paz política, de prosperidad económica cuando se vaya ensanchando el círculo de los emancipados...

La abolición ha de ser obra de un nuevo esfuerzo internacional, en el que tome parte el proletariado de todos los países... Los unos librarán a los otros.

«La campaña contra la esclavitud no cesará hasta que se haya extirpado ésta de las montañas de Africa y las llanuras asiáticas.» (The Right Hon. Godfrey Lockyer Lampson. M. P. Asamblea de la S. de N. 1.º Sept. 1928.)

Los portugueses fueron los primeros que se dedicaron a este noble tráfico, y España siguió a los lusos. El primer inglés metido en este negocio fué sir John Hawkius, y fueron precisamente los traficantes ingleses los que proporcionaron esclavos a los primeros colonos de la América española. Este comercio alcanzó espantables proporciones, pues desde 1680 a 1786, fueron importados más de dos millones de esclavos a las colonias de América y las Indias occidentales, sin contar los que perecían en la ruta.

Para la mayor parte de las gentes, la esclavitud y la trata no son más que odiosos recuerdos de un pasado ya lejano.

Y si intelectual y sentimentalmente desaprobamos la esclavitud, como la desaprobaron los pioneros Wilberforce y Clarkson, la acción conjunta del esfuerzo libertador, debe seguir a las llantinas y a las lamentaciones, pues serán pueriles e ineficaces mientras la unánime conciencia universal no se empeñe con verdadero tesón en que desaparezca esta iniquidad, cuyo conocimiento nos aboca a una tragedia, cuyos gritos nos llegan por encima de las arenas del desierto y por sobre las olas del Océano.

En Abisinia, que tiene una extensión como Francia, Italia y Grecia reunidas, se practican todas las formas de la esclavitud: desde el pequeño grupo familiar que sirve a los sacerdotes *cristianos*, a los numerosos rebaños de adolescentes mutilados y jovencitas, que cargados de cadenas, uncidos al yugo y espo-

leados por el restallar de los látigos, son conducidos más allá del mar para ser vendidos en los mercados de Arabia. En los poblados hay esclavos comunales, cuyo trabajo se limita a ciertas tareas, necesarias al funcionamiento de la vida social.

Cerca de las fronteras de un territorio británico, los hombres viven una existencia atrozmente miserable, pues según un respetable oficial británico, esto es «un infierno». En todos los lugares, en todas las circunstancias, la vida del esclavo tiene valor de cosa. El jefe abisinio, da, vende o destruye su «propiedad», sin cuidarse de los lazos de familia que rompe ni de los sufrimientos que ocasiona.

En Arabia sus tribus se hallan diseminadas en una extensión de terreno de más de 2.500.000 de kilómetros cuadrados de tierras desérticas. Las condiciones económicas del país y la fe religiosa, ayudan a que perdure en él la esclavitud. La ley musulmana no permite que un esclavo posea un inmueble, ni ninguna porción de patrimonio nacional, puesto que él mismo forma parte de este patrimonio. En una población que pasa de siete millones de habitantes, se puede calcular que 700.000 de aquellos seres son esclavos.

En 1927, el rey Hedjaz se comprometió con el Gobierno de Inglaterra a «llegar a la supresión de comercio de esclavos»; mas, cuando mayores son las dificultades, aumenta la codicia y la audacia de los cazadores de carne humana.

Sir Arnold Wilson, en su *The Persian Gulf*, denuncia que este comercio está muy lejos de poder abolirse, pues «actos aislados de piratería se producen cada año, existiendo el comercio clandestino de esclavos». Este problema exige una solución inmediata, pues no se dará como posible el mejoramiento económico y social mientras no quede suprimida.

El jeque Abu Dhabi consagra muchas horas a explicar cómo quedarían en peor situación los libertados, que los que perduren en la esclavitud.

La esclavitud, bajo el punto de vista económico —dice el doctor Harrison— «es un fruto del mar Muerto».

El estado social de los pescadores de perlas, en Arabia, es parecido al de los «peones» de América Central, Abisinia y China. El primer préstamo les liga hasta llegar a la dominación completa y la cadena de préstamos le envuelve y sujeta en lo que le queda de vida. Los hijos, por piedad filial se atan a ella para liberrar al padre viejo; de manera que los eslabones de la cadena se renuevan,

Peones negros trabajando en la construcción de un puente



Ayuntamiento de Madrid

separando los viejos y gastados, y el prestamista gana con la aportación de las «bestias» jóvenes.

Los esclavos de Arabia alcanzan la cuantía de un millón, y la divulgación de esto, y su conocimiento exacto provocaría, según Sir Arnold Wilson, «una revolución en la opinión pública» que encargaría de imponer por la fuerza a Arabia la liberación de sus esclavos.

En Sierra Leona hay que distinguir entre la colonia, que es británica, y el protectorado, siete veces mayor en extensión que la primera, y que no es inglés. La colonia tiene 10.000 kilómetros cuadrados con 85.000 habitantes; en ésta cesó la esclavitud desde 1833.

El protectorado, de 67.000 kilómetros cuadrados, tiene una población de millón y medio de habitantes, que se dedican al cultivo de tabaco, café, caucho, cacao, genjibre, copra y palmeras aceiteras. Los naturales se agrupan en sociedades secretas poderosísimas, como la de los «caimanes» y la de los «leopardos».

En el protectorado, en septiembre de 1927, fué decretada la abolición de la esclavitud de 214.000 esclavos para el 1.º de enero de 1928. Resultado: se dió a conocer a los jefes en asambleas públicas, pero en efecto ha sido de un resultado muy deficiente, excepto en los distritos de Bombali y Koinaduga. Como los beneficios que pueda producir esta ley no son inmediatos, los jefes y el pueblo no llegan a comprender el bienestar que puede proporcionarles.

¿Pero pueden haber esclavos en Liberia? Como el nombre no hace la cosa, en Liberia hay 500.000 esclavos, a pesar de que «la ley fundamental de la República dice que no se tolerará bajo ninguna de sus formas».

El marasmo económico de este país contrasta deplorablemente con la prosperidad de Sierra Leona. Está suficientemente probado que en la costa se venden las mujeres de 3 a 40 libras esterlinas. Un muchacho se puede comprar por cinco libras. Hay padres que venden a sus hijos para poder comprar pan.

«En China, la esclavitud no es oficial, pero nadie ignora que está admitida la venta de niños, y en Shangai, en la zona de influencia europea, la esclavitud es una verdadera úlcera social, alcanzando una cifra de más de dos millones la de niños esclavos cuya vida se transforma en un infierno y cuyos tormentos más corrientes son: colgarles de los pies, agua caliente sobre las manos, amputación de dedos, aplicación de hierro al rojo.» (*The Red Theology in the Far East*).

Las jovencitas son dedicadas a trabajos excesivos y la prostitución aumenta en estos medios. Los adolescentes trabajan día y noche sin descanso, y si se duermen les atan las manos y son suspendidos de las murallas; muchas de sus extremidades son amputadas, pues la gangrena las corroe.

El sistema Mui-Tsai en Hong-Kong es una variedad de la venta de niños. La abolición fué decretada en 1880, y en nuestros días perdura aún, pues M. J. D. Bush nos muestra el detalle de estas ventas: una madre vende una hija suya por 20 dólares. Caso de que la madre quiera hacerla suya, pagará dólar y medio por cada mes que haya transcurrido desde la venta. La hija es vendida a otro chino por 100 dólares; para rescatarla tendría que pagar, su madre, 150 dólares. Denunciado el caso a los tribunales por haber huído la «sirvienta», los funcionarios de Po-Leung-Kuk, Sociedad proteccionista, declararon a la madre que nada podía hacer por su hija. El presidente de la Sociedad Anti-Mui-Tsai, declaró, hace poco, que existen en la actualidad en Hong-Kong unas 10.000 Mui-Tsai.

En Birmania, la situación es semejante, y en Nepal, 15.000 propietarios mantienen en su servidumbre 52.000 esclavos.

Entre las esclavitudes disfrazadas, tan terribles como las primeras, se encuentran los peonajes, contratos de trabajo, trabajo obligatorio, préstamos, que no son otra cosa que eufemismos para velar y hacer honorable la esclavitud.

La persona que se ata al préstamo, si éste se transfiere, queda ella transfe-

rida. Su práctica está extendida por América Central y en la del Sur. El profesor Ross, dice: «Que desde Río Grande hasta el cabo de Horn, el trabajo agrícola libre no existe. En los grandes dominios, los trabajadores se encuentran sumidos en una esclavitud más o menos atenuada.»

M. G. Inmen, asegura que en Alto Paraná, en Argentina, «los obreros son verdaderos esclavos, y cuando piden su libertad sin haber reembolsado los adelantos que se les prestan, son castigados, y caso de huida, son cazados como alimañas».

Miss Mayo, cita el caso de un hombre que habiendo pedido prestado a su propietario 90 pesos, pagó durante nueve años 1.400 pesos a cuenta de su deuda, restándole aún el hacer efectivos 1.600 pesos.

He aquí un modelo de contrato (leonino (?); si hay algún animal más fiero, debe aplicársele el adjetivo sin ningún empacho) de peonaje: «Yo, Maximina Capistrano, viuda, mayor de edad, natural de Angat, con cédula número 240.121, declaro en presencia de don Pedro Otayco y don Antonio Mendoza, vecinos de ésta, que debo a doña Filomena Vergel de Dios (*¿de cuál?*), de esta localidad, la suma de cuarenta pesos, que he empleado con mis hijos; como no puedo reembolsarle dicha cantidad, estoy conforme con alquilar a dicha Vergel una de mis hijas, llamada Florentina, por cuyos servicios le abonará cuatro pesos por la primera anualidad, que empieza a contarse desde el día de hoy, y durante el segundo año, medio peso más. El tercer año, recibirá cinco pesos, y en el cuarto, seis, salario que seguirá recibiendo hasta la extinción total de mi deuda. Si por desgracia, mi hija quedara inútil para el trabajo, huyera o muriera, me obligo a pagar lo que quedare de la deuda. Caso de que no tuviera suficiente dinero para cubrirla, daré otro de mis hijos o la reemplazaré yo misma. Si Dios me llamara a su lado, dicha Vergel podrá inmediatamente tomar mis bienes; si no los tuviera, mis otros hijos vendrán obligados a entrar a su servicio para pagar la deuda, conjunta y solidariamente, pues el dinero ha sido gastado con ellos. Este es mi compromiso y doy mi palabra a dicha Vergel de cumplir mis obligaciones. Para evitar dudas o errores, este contrato ha sido escrito en presencia de Otayco y de Mendoza, como testigos. Por no saber firmar, José Fayardo lo hará por mí; los testigos firmarán aquí para certificar lo convenido, y a partir de este día, mi hija Florentina vivirá y trabajará con dicha señora Vergel.

Dado en Augat, el 10 de enero de 1899.

Rubricado: Pedro Otayco, Antonio Mendoza, José Fayardo.»

Es necesario, que en la hora actual, una acción internacional, pueda obtener en el mundo entero, no solamente la condenación teórica, sino la abolición real y completa de la esclavitud, que constituye el crimen monstruosísimo de la indiferencia mundial.

Miguel Alejandro

El paro forzoso en Alemania

La estadística alemana da una cifra de parados alrededor de siete millones. El periódico de extrema izquierda *Berlin am Morgen*, declara en su número del 8 de febrero, que esta cifra no corresponde a la realidad, y que ahora hay más de ocho millones de obreros y empleados sin trabajo.



Consecuencias de la crisis: el paro forzoso

LA peor consecuencia de la crisis mundial en la clase obrera es la constitución de un «ejército industrial de reserva», con enormes efectivos, nunca alcanzados hasta el presente en la historia del trabajo. Por las características de este paro la crisis actual se diferencia profundamente de las crisis de anteguerra, ya que se trata de un fenómeno mundial de proporciones enormes (más de veintidós millones de parados).

En el marco de la producción capitalista y de sus mercados, un porcentaje tan elevado de mano de obra no podrá ser reabsorbido y continuará como un gran peso muerto sobre el mercado de trabajo.

Marx ha explicado el mecanismo que determina la progresión inversa del capital constante (instalaciones, máquinas) y del capital variable (salarios de un número decreciente de obreros ocupados). La situación actual es la confirmación, en una escala trágicamente grandiosa, de su análisis. Limitándonos solamente a los Estados Unidos, entre 1919 y 1929, las fábricas de transformación han aumentado su producción de 42 % y disminuido su personal en 546.000 obreros. El tráfico de los ferrocarriles ha aumentado, siempre en el mismo período, de 7 %, y el personal se ha reducido en 243.000 hombres. En las minas de carbón el número de los trabajadores ha disminuido en 100.000, pero el rendimiento por minero ha aumentado en un 23 %, y así otras ramas de la producción.

En un período de crisis crónica, el paro le ocasiona al obrero un problema angustioso, que le puede llevar a una verdadera decadencia: en las Indias, en las fábricas se establece el sistema del *dasturi*, o sea, el vaso de vino al encargado, como alboroque o agasajo; en Italia, los funcionarios de los *sindicatos* fascistas justifican oficialmente una reducción de salario en una empresa, «ya que esto asegura de alguna manera a sus obreros un trabajo continuo, que otras empresas no garantizan».

La ofensiva contra los salarios

Empecemos por América. La teoría de los *salarios altos* ya pasó de moda, habiendo sido reemplazada por la de la *tregua* en los *salarios* (es decir, por la de su conservación al nivel anterior); pero esta posición es escamoteada. Es tal la presión de las masas sin trabajo que si se le ofrece a un obrero un salario cualquiera, bajo la alternativa de tomarlo o dejarlo sin discusión, el obrero lo acepta, aunque la tarifa establecida por su *Unión*, de acuerdo con el industrial, sea el doble de lo que le proponen.

El mismo hecho se reproduce en todas partes, naturalmente que en proporciones distintas y siguiendo la gravedad de la crisis y la fuerza de las organizaciones obreras de cada país. Esta unidad, esta uniformidad de actitudes del capitalismo, que va de la Confederación fordista, del Japón, Inglaterra, Bélgica, y Alemania, hasta la Italia de Mussolini, nos ofrece un espectáculo digno de meditar...

Con el paro y la baja de salarios y con la caída del nivel de vida de las capas más grandes de la población, la crisis conduce a otras consecuencias. Algunos se refieren más directamente a la racionalización que, en la crisis, juega casi el papel de *deus ex machina*:

1.º *Monde* publicó un estudio sobre «La influencia del trabajo a la cadena sobre la salud del obrero americano», del doctor Mayer-Daxlander. Las conclusiones que deduce, sobre la base de una documentación seria, se aplican a las condiciones de trabajo y de vida creadas por la racionalización en los otros países.

2.º La racionalización, al modificar las bases de la «aristocracia obrera», puede minar también las de la ideología reformista en el seno del movimiento obrero. Mas no conviene olvidar que la separación se extiende entre lo que queda de «aristocracia» y la masa de los trabajadores, y que por eso esta misma masa ve cómo se le reduce el número de los elementos más capaces de iniciativa. El papel del obrero calificado en el seno del movimiento obrero se hace cada vez menos importante, pero esto no es una condición favorable, a menos que el conjunto de la clase obrera, en su nueva estructura, alcance un nivel de conciencia y actividad que se acerque al que tuvo en distintas épocas el de los ebanistas del barrio de San Antonio, los mecánicos ingleses, los encuadernadores, los plateros, los impresores de la Commune, los metalúrgicos alemanes, los obreros de la *Fiat*, en Turín, etc.

3.º La crisis tiende a hacer desaparecer todas las garantías que podían salvaguardar la mano de obra en cierta medida, incluso las que se refieren a la jornada de trabajo. La tendencia general de los capitalistas no es la de contratar al mayor número de obreros, eventualmente, a un horario reducido, sino la de conservar los menos posible y con un horario prolongado. Marx había ya notado este efecto cuando dice: «Las crisis, durante las cuales se suspende la producción o se trabaja poco cada semana, no modifican en nada la tendencia que arrastra al capital a prolongar la jornada del trabajo. Cuantos menos negocios hace, tanto más debe ser la ganancia sobre los que hace.»

Aparte de que el fascismo legal o ilegal se dirige contra las propias organizaciones obreras en todos los países.

Entre 1926 y 1930, se establece la situación siguiente: bill antisindical del Gobierno Baldwin, en Inglaterra; en la Argentina, bajo la presidencia de Irigoyen, proyecto colocando fuera de ley los sindicatos no colaboracionistas; prohibición en Méjico de la Central Sindical Revolucionaria; en Chile, legislación previniendo la destrucción de las organizaciones sindicales de clase y la creación de una sección sindical estatizada; la «Sedition Bill», contra la acción sindical de los trabajadores negros, en Africa del Sur; disolución, en abril de 1928, del Hyogikay (Federación Sindical revolucionaria), del Japón; ley de abril de 1926, en Italia, sobre el monopolio fascista de los Sindicatos y sobre las cotizaciones obligatorias; disolución de la Confederación Nacional del Trabajo de España, bajo la dictadura de Prieto de Rivera; ley austríaca legalizando las reclamaciones del movimiento fascista de empresa; intervención de la policía en el Congreso de los Sindicatos Unitarios de Rumanía (abril 1929); ley de excepción en Grecia y disolución de la C. G. T. U.; la misma medida en Bulgaria y Yugoslavia, etcétera. Recordemos, en fin, la desigualdad a la que son reducidos los Sindicatos rojos en China, Corea y en numerosos países de América latina: Cuba, Colombia, Perú, Venezuela y en todas las colonias.

Necesidad de la unidad sindical

El examen de los caracteres de la crisis mundial nos conduce, del lado que se quiera mirarlo, a la misma consecuencia: la necesidad de la unidad obrera, al menos, sindical. Esta unidad no es un fin, sino un medio, y como tal se impone

y se justifica. El fin no es la unidad en sí misma, sino el aumento del potencial de lucha del proletariado.

A este propósito, he aquí algunas consideraciones, a las cuales hemos llegado personalmente:

1.º Las repercusiones de la crisis sobre la clase obrera, no serán las mismas si ésta permanece inerte que si ella disputa palmo a palmo el terreno a la burguesía, para, una vez contenido el avance, entrar en la ofensiva;

2.º En una situación de sobreproducción crónica, la hueiga económica se hace cada vez más ineficaz, por el motivo de que no hace mella en el adversario, antes le favorece;

3.º Es necesario, pues, que las huelgas económicas, como todo otro medio de acción no sean sino un momento de una lucha más general sobre el terreno político, teniendo como objetivo el reemplazamiento del régimen capitalista por el socialista.

Necesidad del socialismo

Las medidas que preconizan las clases dominantes para hacer frente a la crisis en los diferentes países, son las siguientes: racionalización, obras públicas, baja de salarios, proteccionismo y otras formas de nacionalismo económico. Esto es todo lo que el capitalismo nos ofrece como solución. La racionalización, en lugar de frenar la producción, la acelera y es, por lo tanto, una causa principal de la crisis. Y si todo el mundo racionaliza, al fin del proceso nos encontraremos las mismas contradicciones aún más agravadas. Las obras públicas, en la medida que entran en un plan de *utillaje nacional*, participan de la racionalización y de sus efectos. La baja de los salarios en un país arrastra con bastante rapidez la baja de los salarios en los otros países, y el círculo viene a cerrarse en el punto de partida, después de haber dejado en su recorrido un lote de sufrimientos en las poblaciones trabajadoras. El nacionalismo económico, aunque tome la forma intercontinental (preferencia imperial por Inglaterra, bloque entre metrópoli y colonias por Francia, tendencia pan-americana en los Estados Unidos, etc.), no hace sino acentuar la anarquía y el desequilibrio de la producción.

Lo que prueba que estamos ante una crisis, durante el curso de la cual son posible las oscilaciones, pero que se ve bien claro que es la crisis definitiva del sistema capitalista, no pudiendo resolverse en los cuadros nacionales de la población.

A crisis mundial, solución mundial. En este caso hay tres tipos de solución:

1.º Una internacional de todos los *trusts*, poniendo a todo el mundo a la ración y bajo su cúpula, enorme estructura parasitaria que querría parar la división del trabajo en el estado actual y estabilizar, por decirlo así, su anarquía;

2.º La guerra, que sería mundial, como la otra, la cual, por destrucciones violentas, y por una agonía de decenas de años, haría las vidas necesarias y operaría una redistribución de los mercados para que se pudiera después recomenzar;

3.º El socialismo, con una división internacional del trabajo sobre la base de la aportación específica de los distintos grupos *nacionales* y de su unidad política y económica.

De todas las soluciones, la primera no me parece muy probable. El capitalismo es todavía, al mismo tiempo, muy débil y ya demasiado fuerte para *cartelizar* el mundo.

No queda, pues, más que la guerra o el socialismo. Entre estos dos tipos de solución va ha decidirse el porvenir de la Humanidad.

A. Rossi

París.

La jornada que se impone a los niños resulta absurda por embrutecedora y estéril

En la Fiesta del Trabajo son las mismas las reivindicaciones de los muchachos y sus profesores.—La sesión única y los turnos dobles.—La gratuidad absoluta, para que la enseñanza secundaria y superior nos interese.

Y un año y otro año la fiesta pasa y en la recordación repetida de las reivindicaciones que son bandera de lucha para el proletariado, siempre, siempre se olvida una: la del niño sometido, cuando no abandonado, a embrutecedora y estúpida jornada escolar.

La escuela es ferozmente antipática, odiosa, sobre todo y ante todo, por lo duro de su jornada, que si abruma a los muchachos también acaba con la vocación y con la salud del maestro.

Inútilmente las estadísticas, con cifras aterradoras, van demostrando que el trabajo en la escuela acorta la vida, que el *surmenage* debilita por igual a discípulos y a maestros, que la tuberculosis y el desequilibrio mental ocasionan mayor número de bajas entre las filas de los educadores que en cualquier otro grupo de trabajadores o profesionales.

Es inútil clamar contra una jornada que impide el aprovechamiento debido de la labor docente, que impone el fraude, que entroniza el aburrimiento y origina la fatiga sin fruto ni ventaja alguna.

Pasa una y otra y otra generación, y todas llevan ingrato recuerdo de las horas mortales de encierro escolar, sin que nadie trate de poner el remedio que la ciencia aconseja, que al buen sentido nunca pudo ocultarse.

¿Será llegado el punto y hora de que reclamemos sobre cosa que a tantos y por tan distintos aspectos nos afecta?

No admiten réplica los estudios experimentales hechos por Lustig, D'Apert y Dufastell, probando hasta la evidencia que «en la hora tomada como unidad de esfuerzo, la fatiga de los profesores primarios excede en más del doble que la observada en cuantos desempeñan cátedras correspondientes a la enseñanza superior».

Poco despejo en el discurso hace falta para comprender también lo que Treves ha elevado a categoría de ley al estudiar la fisiología del trabajo, cuando afirma que «la tensión nerviosa y el esfuerzo muscular es tanto mayor al enseñar cuanto menor sea la comprensión y la estabilidad del que aprende».

Sobradamente discutido el tema, en La Sorbona, hace años, los higienistas dieron normas concretas y precisas para reducir a lo razonable la jornada docente, que en todo caso debe ser adaptada a la edad y desarrollo integral de los muchachos; pero de ello no se han enterado por lo visto nuestros médicos escolares ni otros «técnicos» directivos de la enseñanza, que ahora andan en cubileteos y a vueltas con el calendario escolar, para reducir el descanso de los únicos sobrecargados de trabajo en nuestra herrumbrosa y arcaica organización instructora.

Prescindamos del doble esfuerzo que en comparación del exigido para cualquier otro orden de enseñanzas precisa desplegar el maestro; pero ¿es que nada representan sus dos sesiones diarias con el ir y el venir que exigen, su otra sesión nocturna, también obligatoria, y la sesión complementaria a que le obliga la mezquindad con que se le retribuye?

¿Pero es que hay quien niegue que esa jornada de cinco, de siete, y aun de nueve horas, resulta absurda, inhumana y cruel.

Lo mismo para el potentado que para el menestral, los niños con sus turbulencias, con su inquietud ruidosa y su natural díscolo en la estrechez del hogar constituyen una insufrible molestia, un verdadero estorbo a cierta edad para el que ofrece solución inmediata la escuela, tanto mejor cuanto más larga y dura es su jornada.

Al echar fuera de casa a los mocosuelos no suele pesar poco ni mucho en el ánimo de los familiares lo que ganar o perder pueda el chiquillo en el cambio de régimen y de vida. La cuestión es quitárselo de encima, y nada más.

Cuando la familia aleja de sí al hijo, es, generalmente, porque está harta ya de sus diabluras; busca en la escuela un encerradero, y solamente si la escuela se lo ofrece, satisface ésta una necesidad familiar. Lo que aprenda o deje de aprender, es adjetivo; por eso nadie a la escuela se asoma, por eso cuanto en la escuela pasa no es preocupación para las gentes, de suyo ocupadas y aun preocupadas por otros menesteres de la vida.

Y, ciertamente, el niño es insufrible, inaguantable cuando el medio es inadecuado a sus necesidades biológicas. Las molestias que origina son el grito de la Naturaleza que se rebela contra la deformación impuesta por un ambiente antinatural e incomprensivo.

Es que el hogar nunca es el nido preparado para recibir a la prole; es que nuestras casas no están acondicionadas para criar y educar a los hijos. Para vivir el que nace tiene que hacerse su espacio en la vida a fuerza de lloros, a trastazos.

Ah, ¿pero la escuela está mejor acondicionada que la casa para que el niño pueda hacer su vida?

Los pedagogos que vemos en candelero, los que discursen y ponen cátedra de Pedagogía con cualquier pretexto, no son en caso alguno los que se agotan en la brega cotidiana con los muchachos, los que dejan la vida en el régimen intolerable del mecanismo escolar. Ellos, sin embargo, monopolizando cuanto pueda servir de lucimiento, son los que nos dan hecha la escuela, a la que cubren con su vistoso plumaje de pavo real, para que nadie vea la lucha desesperada del maestro como perro amarrado a la estaca, como galeote encadenado al banco interrogando, minuto por minuto, al reloj, sin ver llegada nunca la hora de finalizar el esfuerzo, casi siempre aburrido y desagradable por el agotamiento que no se cura, que no da tiempo a curar.

Así, la escuela que nos dan hecha es el aula, y el aula, el encierro, y el encierro, la negación de la alegría, la pérdida de la espontaneidad, la quiebra más segura de la salud.

Y, todavía, ¡si hubiera escuelas para todos!...

No las hay, ni se quiere que las haya. Conviene, para que el pueblo se deje gobernar, que viva en la ignorancia, que sea grey.

El maestro no puede despertar apetencias de saber en el pueblo, no debe pedir nunca escuela para todos, que cuando lo hace, le aprietan en las aulas los chiquillos, exigiéndole un redoblar de energías, en la lucha de cada día agotadas, y por la mezquindad de sus haberes, sin posible restauración.

La vacación, desacertada por cuantos aspectos se la considere, corte injustificable en la labor, desacredita a los docentes, irritando justamente al pueblo contra el maestro que abandona el tajo y no satisface la necesidad de tener recogida a «la canalla».

Y, sin embargo, la fiesta, la alegría del muchacho es que no haya clases, que se cierre la escuela, para quedar libre de la férula del que enseña, para poder gozar de su vida, que es andar suelto y poder jugar.

¿No os descubre esto una verdadera tragedia? ¿No os indica nada sobre cuánto es y representa el trabajo escolar?

«Yo he visto inteligentes a los niños en las escuelas de párvulos —dijo en ocasión solemne William James—; no puedo comprender cómo llegan atontados a los liceos, y salen estúpidos de la Universidad.»

Los que a diario somos víctimas del trabajo de la escuela lo comprendemos y nos lo explicamos todo.

Julio Noguera

(Terminará en el número próximo.)

Notas alemanas

Mientras que en 1929 las minas del Ruhr ocupaban 376.000 obreros, en 1931 sólo ocupaban 288.000, en el mes de enero, y 223.000, en el de diciembre del mismo año. Este número todavía se ha reducido en enero del año actual y se anunciaba el despido de 5.000 a 10.000 mineros.

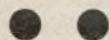
El Gobierno prometió solemnemente a los obreros que a la reducción de los salarios que les era impuesta correspondería una rebaja correspondiente del costo de la vida. Hoy, según lo constata la *Gewerkschaftszeitung*, órgano oficial de la C. G. T. alemana, los primeros resultados de esta acción son como sigue: Los salarios han sido reducidos de 10 a 15 %, resultando un promedio de 13 %. El índice del costo de la vida ha bajado de 130'4 a 124'5, o sea, una disminución de 4'5 %. Esto significa una reducción del 8 % del poder de compra. Y la reducción del poder de compra de las masas populares conduce a un nuevo freno en la producción y al aumento del paro forzoso.



El trabajo como carácter sexual

RECIENTEMENTE he dicho que en la edad adulta la vida del hombre es, en esencia, trabajo y amor, y que a esta doble finalidad contribuyen los dos sexos —varón y mujer— con distinto coeficiente dinámico, pero, al final, resolviendo su vida en una ecuación de equilibrio. Y ahora me importa decir que he llegado a esta conclusión después de cerca de veinte años de estudio, atento y reflexivo, del problema sexual. Lo cual quiere decir que ese pensamiento mío constituye una síntesis que, en la brevedad de una frase, encierra muchas y largas horas de análisis. Vamos, pues, a desentrañar el significado de esa ecuación de equilibrio sexual.

Para ello, dos rutas científicas cabe emprender: una, la ruta histórica y lingüística; otra, la ruta biológica. Ambas rutas convergen en un punto, a modo de *hall*, en donde se congregan y proclaman al unísono: *una* es la actividad humana y *una* también la sexualidad que la impele. Esa actividad de nuestra Especie se llama trabajo, généricamente hablando, y este trabajo satisface la inexorable ley del trofismo vital, repartido en un doble juego de actividad: la nutrición del individuo —PRODUCCION— a la que contribuye principalmente el varón y la nutrición de la raza —REPRODUCCION—, a la que contribuye principalmente la mujer. Conviene dejar esto bien sentado y hacer notar que este criterio científico corresponde y se ajusta también al pensamiento filosófico del día. «La Humanidad —escribe un pensador—, a pesar de mudanzas infatigables en su semblante, muestra escrupulosa constancia y fidelidad para consigo misma; un carácter sostenido, como solían exigir los críticos teatrales. Si así no fuera, la Historia y la vida cesarían de inspirarnos expectación y apasionamiento. Y lo que determina la ley de constancia en la vida es la aspiración, jamás desengañada y en perpetuo renacimiento, hacia la libertad, esto es, hacia la plenitud.»



HOMBRE y HEMBRA: he aquí dos vocablos que se prestan a un curioso estudio lingüístico del que se derivan sugerencias poéticas y en el que se advierten verdades que la biología confirma. Aunque los fonemas primitivos han desaparecido en su mayoría, queda en los sonidos orales de las lenguas vivas la expresión condensada de una lejana reminiscencia de la onomatopeya original, expresando, innegablemente, que también existe una geometría de la palabra hablada. En la palabra *matriz*, por ejemplo, entran seis elementos fonéticos (*m-a-t-r-i-z*), en los que se nos figura percibir una vital resonancia, a modo de preciosa síntesis —desde luego muy estilizada— del proceso dolorido de la maternidad. Así: la *m* expresaría la comprensión o roce del feto sobre las paredes uterinas; la *a* evoca la amplitud del claustro materno; la *t* señalaría el choque del feto al tropezar con el hocico de ténca: la *r* acusaría el movimiento con desgarradura; la *i* sería el índice acústico de la marcha angosta por el conducto vaginal, y, finalmente, la *z* indicaría, en su silbido apagado, un eco vago del llanto del recién nacido.

Sin salir del campo de la lexicogenesia —pues otros aspectos nos harían desbordar las lindes de un artículo periodístico—, limitándonos sólo a una breve observación morfológica, a lo que podríamos llamar la anatomía de los vocablos, notamos en las palabras *hombre* y *hembra* —como en todas las palabras, por otra parte— un grupo literal *inseparable*, bloque indestructible de letras donde se

encierra la idea general de la significación, y otros elementos literales *separables*; o sea: la raíz y los *aglutinantes*, algo así como el tronco y los miembros de un organismo superior. Pues bien: *hombre* y *hembra* tienen el mismo tronco o raíz —mbr—, lo que nos habla de su común origen. Si en un instante analizamos los tres elementos literales de ese grupo radical, en su aspecto fonético puro, se descubre el hecho de comprimir blandamente, expresado por la *m* y la *b*, y el fenómeno del movimiento, de la vida, privativo de la *r*.

Los elementos morfológicos *separables*, o miembros de las mismas voces que venimos estudiando, son sonidos orales puros (vocales): *o*, inicial de hombre; *a*, final de hembra, y *e*, final de hombre e inicial de hembra, más el elemento *h*, que aparece en ambas voces sólo como expresión gráfica, que acusa en estas palabras una *supervivencia atávica*, equivalente a la atrofia regresiva en los organismos.

La expresión anatómica de estas voces sería:

h — o — mbr — e
h — e — mbr — a

Y del análisis morfológico de las mismas, anotamos:

- 1.º La *identidad* de la raíz o tronco de ambas palabras;
- 2.º La *diferencia* de las vocales inicial y final de uno y otro vocablo;
- 3.º El *elemento común* «separable» *e*, final del uno e inicial del otro;
- 4.º El *elemento áfono*, común también y separable, expresión de atrofia regresiva.

En suma: que *hombre* y *hembra* tienen un tronco común, y que el hombre termina donde empieza la hembra.

La imaginación advierte enseguida la sabiduría que rige la estructura feliz de estos vocablos: en su raíz (*mbr*), la *m* nos habla del *mamífero* (de *mama*, que en tártaro significa *tierra*); la *b*, —que fonéticamente equivale a *p* suavizada— nos habla del *beso*, esto es, del amor, pero amor ascendente (por el asta de la *b*), amor alado, humano: *beso*, *embarazo*, *alumbramiento*; de lo contrario sería sólo *peso*, amor faunal, plúmbeo, aplastado: *aparco*, *preñez*, *parto*... La *r* expresa el dinamismo del acercamiento mutuo para la realización de los fines de la vida procreativa.

Responde, pues, profundamente la raíz de esas palabras a su expresión biológica: *hombre* y *hembra* son mamíferos unidos por el amor en el movimiento vital del Cosmos. En el fondo son *uno* y *lo mismo*.

Veamos ahora lo que nos dicen los elementos *separables* de ambos términos. Ellos van a ser los encargados de establecer la diferenciación formal con un sentido perfecto de equilibrio biológico: la *o* es la *virilidad*, esto es, el hombre; así como la *a* simboliza la *feminidad*, o sea, la hembra; la partícula unitiva (copulativa *e*, común a ambas voces, compenetra los elementos diferenciales (*o*, *a*) para formar con ellos el vínculo indisoluble.

Este criterio viene a refrendarlo el elemento figurativo *h*, que, por metátesis sin duda, ocupa hoy un lugar que de hecho no le pertenece, ya que la *h* es una supervivencia atávica (no se olvide que estamos en el campo de la imaginación) y su verdadero emplazamiento, a nuestro ver, sería este:

en hombre, así: *oh!-mbr*
y en hembra, así: *embr-ah!*

En efecto: *oh!*, expresión de lo admirativo, que estaría constantemente en boca de la hembra primitiva, estupefacta, a la vista del hombre bravo de la horda que le ofrecía el botín de sus triunfos rudos contra la realidad ambiente, para compartirlo con ella, y, compartiéndolo, complementarse.

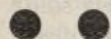
¡Ah!, la expresión placentera, explayada, amplia, que lanzaría el salvaje en plena posesión de la hembra codiciada.

Y el proceso, cronificado, de esta dramática fusión de la pareja humana primigenia, éste:

¡oh — mbr — e — mbr — ah!

Esta interpretación imaginativa que acabamos de hacer sobre la morfología de las voces *hombre* y *hembra* coinciden con las más recientes adquisiciones de la Biología. Nadie duda ya que la pareja humana arranca de un plasmio común. «Hoy — escribe Marañón — sabemos que casi nadie es hombre en absoluto, ni mujer en absoluto; es evidente que todo ser en sus principios es bisexuado.» Y Madrazo nos decía en sus sabias conferencias del Ateneo de Madrid: «Los sexos no fueron labor de un solo golpe de troquel: fuimos ambisexuales, y de ello conservamos claros vestigios. En el *veru montanum* de nuestra próstata van los indicios de lo que en tiempos fué matriz y ovario. Los llamados órganos de Rossemuller, que flotan en el ligamento ancho femenino, no son más que los residuos seminales del macho.» Y hace unos años, el *British Medical Journal* nos informaba que el doctor Leonardo Williams, de Londres, había encontrado «dos elementos sexuales en todo niño»; de estas interesantes investigaciones hicimos ya en 1922 un comentario en la revista *Eugenia*, de Barcelona.

Según nuestro punto de vista lingüístico, la diferencia sexual ha consistido en que al separarse realmente los sexos del tronco de origen, uno se llevó como patrimonio hereditario la *o* (*virilidad*) —que al encontrarla el sexo opuesto, se convirtió en la *¡oh!* de asombro—, y el otro se llevó la *a* (*feminidad*) —que al ser asida por el contrario, se transformó en la *¡ah!* explayada de la satisfacción—. Perdido luego el valor emocional primigenio, la metatesis trastocó el puesto de la *h*, dejándola al principio de cada uno de ambos términos, como figura decorativa solamente: el *quiqui* de las niñas, remedo de las plumas del salvaje.



Hoy vivimos en pleno caos social; pero este caos se hará cosmos (orden) en cuanto penetre en lo más profundo del pueblo el nuevo principio coordinador de la *colaboración de sexos*, en cuyas manos está el futuro poder del mundo. Hay que crear un *sistema económico* mundial, cuya empresa es, por esencia, varonil. Pero hay que crear también un *sistema social*, cuya misión es, también por esencia, femenina. El resultado será un equilibrio estable entre la *producción* y la *población*, que puede representarse gráficamente por una cruz griega de brazos iguales, símbolo de triunfo. En la actualidad todos tenemos que soportar, como Cristo, el peso de la cruz latina, de brazos desiguales, símbolo de sacrificio: tal es el desequilibrio de los tiempos presentes.

Por falta de sentido histórico, algunos ilustres literatos de las nuevas promociones europeas, se atreven a lanzar la especie de que *el amor se apaga*. Si esto fuera dicho por un buen burgués, almacenista de tópicos, no tendría nada de particular. Pero en boca de un escritor de vanguardia, nos obliga a hacerle frente para deshacer la vana especie.

Al hacer tamaña afirmación se olvida que el amor, como todo elemento cósmico, evoluciona sin cesar. Si tiene algún sentido el amor es solamente cuando se le considera como un libre juego del espíritu. Y reconozcamos paladinamente que hasta ahora ha sido el elemento masculino quien ha saboreado tal juego libremente, mientras que el elemento femenino ha sido esclavo del amor. La libertad de amar era privilegio únicamente varonil; la mujer era un súbdito, casi siempre sometido y aherrojado. Hoy la mujer está transformando la vida

en el sentido de tomar parte activa en el amor como elemento beligerante, es decir, como un equipo que juega contra otro siguiendo las mismas normas y cumpliendo por ambas partes iguales compromisos.

El viejo régimen social era un organismo dañado en su tubo digestivo y en su aparato generador. Era ya un caso de monstruosidad. Unos órganos, atacados de branditrofia, presentaban todas las señales de la patología del artrítico: *capitalismo* no es otra cosa que artritis social. En cambio, otros órganos, afectados de taquitrofia, tenían todas las características de la tuberculosis: *pauperismo* en lo social es el término equivalente a tuberculosis en lo individual. En suma, disfunción, malestar, insania, vista la colectividad por el lado del trofismo, observando sus funciones de nutrición. La misma conclusión se obtiene viendo el viejo régimen social desde su aspecto genésico: siempre hambre o hartura distensas, donjuanismo y prostitución, tiranía y vasallaje innobles, ambiente putrefacto, pestilente, nauseabundo...

Por eso la nueva vida social proclama a voz en grito el *salus populi suprema lex*. La primera obra de justicia es llevar la salud a todas partes, la gran preocupación del mundo es la conquista de la salud. No se concibe el bienestar social allí donde reine el malestar físico.

Y hoy, como antaño, es la mujer el elemento subversivo de la sociedad.

¿Que el feminismo masculiniza a la mujer? ¡Otro tópico burgués! El verdadero feminismo exalta precisamente la feminidad y la matiza y enriquece por medio de claras diferenciaciones y desdoblamientos perfeccionistas. Su triunfo inmediato es la «maternidad consciente», a la que va decididamente con inteligencia y voluntad, cual cumple al «ser que actúa con sentido», entendiéndolo por sentido todo lo que signifique función reflexiva, o sea conciencia clara de lo que se hace. Maternidad consciente quiere decir, además, plenitud de obra de la feminidad en cuanto es manifestación social de la mujer como tal, esto es: ya no es sólo consciencia en todo lo referente a la maternidad zoológicamente considerada, sino consciencia también en lo tocante a la maternidad espiritual. Lo que equivale a sostener que todo el sistema sanitario y pedagógico debe estar en manos femeninas en un futuro próximo. Y con esto subrayamos la enorme importancia de la colaboración de la mujer a la obra mundial de la reconstrucción de la vida del hombre en las auroras que ya apuntan. Con lo dicho sólo hemos mostrado el pórtico, en proyecto, del nuevo edificio social.

Y, terminando, el buen burgués, de grado o por fuerza, tendrá que reconocer el derecho de la mujer al libre juego del amor, pues no se puede —triunfante la psicología— retener en un puesto a nadie contra su gusto o para su daño, y, sobre todo, imponer de por vida una tarea para la que no se reúnan las debidas condiciones favorables al máximo de eficacia.

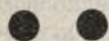
Las funciones reproductoras deben ser controladas del modo más riguroso para asegurar la salud de la raza, que rechaza la paternidad innoble y descendencia cacogénica o degenerada. Esto no quiere decir que la eugénica coarte el libre juego del amor, pues todo el mundo tiene derecho al ejercicio de la sexualidad. Cuando este ejercicio puede ser un peligro para la raza, la responsabilidad social consiste en evitar la procreación de un modo temporal o permanente, según la gravedad del mal. No se trata de tener parejas abstinentes, sino, sencillamente, parejas estériles, con esterilidad pasajera o definitiva según lo indique la prescripción facultativa. Con esta fórmula conciliadora, se da al débito conyugal lo que en derecho le corresponde y así se salvaguardan también los más altos intereses de la raza.

Luis Huerta

Técnicos del futuro

HEMOS entrado en el período en que el socialismo adquiere realidad ante nuestros ojos. El socialismo, no solamente introduce nuevas relaciones sociales, sino también nuevos técnicos en comparación con los cuales nuestros técnicos modernos son apenas un balbuceo infantil. En efecto, nuestros técnicos actuales están aún en mantillas y no han sido capaces de resolver los grandes problemas que se presentan en la vida. Nuestro carbón produce apenas una quinta parte de lo que debiera producir; aún no hemos aprendido a emplear la energía solar; para convertir el calor en electricidad necesitamos complicadas calderas y máquinas; para calentar nuestras viviendas tenemos que consumir cantidades enormes de combustible, etc.

En la sociedad capitalista no pueden estar de acuerdo los técnicos y la ciencia. Se necesitan de ordinario de veinte a treinta años para la realización técnica de las posibilidades abiertas por la ciencia, mientras que los grandes problemas que requieren una revolución técnica se dejan a un lado: no pueden resolverse bajo el capitalismo. Estos problemas esperan la llegada del socialismo para salir a la luz. Estamos asistiendo a una revolución técnica que realizará, en un breve espacio de tiempo, las posibilidades acumuladas durante muchos años, pero constreñidas por los técnicos capitalistas que no podían permitir su realización sin destruir el sistema capitalista.



Echemos una ojeada a un futuro inmediato. La poderosa expansión de la ciencia nos abrirá tales aspectos del mundo que nos rodea, como no podemos imaginarnos, y enriquecerá nuestra vida con un nuevo contenido.

Si necesitamos tranvías y trenes, luz para nuestras viviendas, o producir raffles de hierro, o aluminio para ello, necesitamos fuerza motriz. Cuanto más ricos seamos en fuerza motriz, más extensas serán nuestras posibilidades técnicas. De nuestra economía energética actual no puede decirse sino que es bárbara y criminal. Extraemos la energía solar, acumulada en forma de carbón en el transcurso de millones de años, que quemamos en hornos, utilizando solamente un 20 % y desperdiciando un 80 %. Unos cuantos siglos de tal economía bastarían para malgastar todas las fuentes energéticas del pasado. Al mismo tiempo no hacemos uso alguno de la energía solar irradiada durante el día. Esto sólo bastaría para cubrir todas nuestras necesidades. Produciría hasta cien billones de kilowatios sobre la superficie del globo. Veamos un ejemplo: tengamos en cuenta que la economía eléctrica de la U. R. S. S. posee actualmente dos millones de kilowatios, y que nuestro país ocupa una sexta parte de la superficie de la tierra. Por cada metro cuadrado tenemos un kilowatio de energía solar.

Una pequeñísima porción de esta energía se utiliza en forma de fuerza hidráulica (Volkhovstroï, Svirstroï, Dnieprostroï). Los rayos solares evaporan el agua y la hacen subir a un nivel más elevado, desde donde cae en forma de ríos que utilizamos aquí y allá. Menor aún es el papel desempeñado por las hélices. Pueden mencionarse unas cuantas instalaciones solares de «miniatura» que existen en Argel y en Egipto.

¿Cuál será el cuadro de nuestra economía que presenciaremos en el futuro?

Se asegura categóricamente por la ciencia que el carbón puede producir, no un 20 %, sino un 100 % de energía eléctrica o mecánica, con el solo hecho de que su oxidación no se efectúe por el método usual de quemarlo en el aire, sino por otro método, por ejemplo, oxidándolo como un electrodo de un elemento

galvánico. Entonces no sería necesario extraer el carbón de la mina a la superficie. El proceso podría llevarse a cabo dentro de la mina, y la corriente eléctrica se llevaría a la superficie por medio de cables y se distribuiría por medio de líneas a todo el territorio de la Unión. Dichas conducciones llevarían la energía eléctrica a miles de kilómetros, uniendo los suministros energéticos de carbón, aceite y agua de nuestro país. Esto podría lograrse adecuadamente con una tensión de 400-500 voltios, lo cual es muy factible, aun desde el punto de vista de los técnicos modernos.

Además, deben emplearse todas las fuentes de energía. Una condición para la utilización de la energía es las diferencias de temperatura, aunque la temperatura en sí sea bajísima. Por ejemplo, en el Océano Polar y en nuestros ríos del Norte hay masas enormes de agua a una temperatura cero, mientras que en el aire ambiente tiene 50° bajo cero. Estas dos temperaturas están separadas por una capa de hielo, lo cual constituye una energía enorme que puede animar todo el Norte. Nuestro país debe mirar principalmente hacia el Océano Polar. La energía eléctrica derivada de allí bastará para toda la región de los hielos perpetuos, que constituye la mitad de nuestra Unión. El suministro de minerales de esta región se podría aprovechar, y las «tundras» se podrían iluminar y calentar, haciéndose habitables.

También hay fuentes enormes contenidas en el calor interior de la tierra. En algunos sitios es fácilmente accesible a la superficie, por ejemplo en los volcanes cenagosos de Kamchatka. Pero incluso las fuentes escondidas en las profundidades de la tierra, pueden extraerse a la superficie en forma de calor, por ejemplo, evaporando agua y llevando a la superficie el vapor caliente.

No utilizamos el frío del Norte y hacemos poco uso del calor del Sur. Alrededor de los mares Caspio y Aral existe un árido desierto que carece de agua fresca. Bastan los rayos del sol para evaporar el agua salada de los mares y depositarla en la superficie de la tierra. Mientras existe un mar y un sol para producir agua fresca, el campo se halla desolado y no hay agua para beber. Y el sol puede elevar el agua desde los ríos a los canales de riego, mover maquinarias, fundir minerales, etc. Teniendo en cuenta la marcha del desarrollo de nuestra economía nacional, estas posibilidades podrían realizarse mucho antes de lo que suponemos. El sol, que ha sido el azote del desierto durante miles de años, abrasando todos los brotes de vida, llegará a ser un elemento bienhechor.

Sin embargo, no son estos los medios principales para la utilización de la energía solar, y el futuro no depende de ellos. Así como las plantas de las edades remotas, con la ayuda de la clorofila han recogido la energía solar y la han depositado en forma de carbón y turba en la corteza de la tierra, así recogeremos nosotros la energía solar por medios químicos. Ya tenemos conocimiento de una porción de reacciones fotoquímicas que nos permitirán recoger la energía irradiada. Además, el método de la clorofila no es el mejor, puesto que transforma en energía química solamente el 6 por 100. Las algas submarinas rojas, que no gozan de la abundancia de luz de que disfrutaban las plantas terrestres, utilizan aproximadamente un 24 por 100. En los laboratorios tenemos multitud de reacciones que permiten la utilización hasta de un 80 %.

Los vastos desiertos, los tejados de las casas, y quizá las superficies de agua, pueden utilizarse para fijar la energía solar. Esta energía puede entonces utilizarse y consumirse en forma química. Una sustancia, convertida fotoquímicamente, puede emplearse para cargar acumuladores que produzcan corriente eléctrica. La clorofila ha servido a la Humanidad durante millones de años proveyéndola de combustible en forma de madera y carbón; pero como convertidor de la energía solar, que utiliza sólo el 6 %, no podrá competir con una buena reacción fotoquímica.

Todavía existe otro método para utilizar la energía radiada: la conversión

directa de la luz en energía eléctrica, descomponiendo los electrones por la acción de la luz. No hace mucho tiempo que la fotoelectricidad estaba preterida por la fotoquímica. La utilización de energía se hallaba limitada a fracciones de milésima de un 1 %, mientras los fotoelementos representaban pequeños tubos de cristal vacíos, apartados de los necesarios aparatos técnicos de gran escala. Las continuas investigaciones han variado este aspecto. Ahora, el fotoelemento, bajo la acción de la luz solar, produce casi una corriente eléctrica capaz de poner en movimiento un pequeño electromotor.

Las posibilidades del fotoelemento no son despreciables en modo alguno. La historia señala una multitud de pequeños descubrimientos de laboratorio que llegaron a constituir importantes ramas de la técnica. Así, la desviación de la aguja magnética al paso de la corriente en el circuito inmediato, descubierta por Faraday, ha llegado a ser la base principal de todas las máquinas eléctricas, mientras que las chispas apenas perceptibles, por las que se descubrieron las ondas electromagnéticas de Hertz, han constituido la base de la radiotécnica. Es curioso que el mismo Hertz creyera imposible la utilización técnica de las ondas que él descubrió.

En cierta época se concibieron grandes esperanzas sobre la conversión directa del calor en electricidad. Sin embargo, se ha descubierto que los termoelementos son ineficaces, pues no producen más de un 2 % de energía eléctrica en comparación con los elementos calóricos. Desde entonces hemos aumentado nuestros conocimientos acerca de la naturaleza de este fenómeno, y existen probabilidades de éxito. El adoptar este procedimiento significaría que, quemando combustible, obtendríamos inmediatamente energía eléctrica con turbinas y dinamos sin necesidad de calderas.

El problema de la energía no es una excepción. Existen otros problemas técnicos en los que estamos igualmente desorientados. Las viviendas son una burla del sentido común y del manejo científico de un problema técnico. En el Norte gastamos cantidades enormes de combustible para mantener la temperatura a un cierto nivel, mientras que todo este calor se malgasta inútilmente calentando el aire exterior que se lleva el viento. El valor de una cantidad de calor dada, es mayor cuanto mayor sea la temperatura, pues si necesitamos una temperatura de 20° c., gastamos combustible que produce 1.500° c. Esto supone, tanto por lo que se refiere a la cantidad como a la calidad, una verdadera locura técnica, una medida poco inteligente para resolver un problema adecuadamente. En realidad, sólo necesitamos el calor destinado a calentar el aire frío que respiramos, y para esto, el calor de nuestro propio cuerpo sería suficiente; esto es, la energía producida por el alimento que consumimos.

Acabamos de ver que apenas utilizamos técnicamente una centésima parte de la energía contenida en el cuerpo. La resistencia mecánica a la rotura puede aumentarse grandemente, y la duración eléctrica de material aislador cien veces más. Hace tiempo que conocemos las excepcionales propiedades del hierro, el níquel y el cobalto, que permanecen magnetizados decenas de miles de veces más que el cobre o el platino. Recientemente se han descubierto cuerpos que también se electrifican mil veces más intensamente que la parafina o la mica, por ejemplo, la sal de Segnet. Los nuevos métodos seguidos por el trabajo de investigación científica en la U. R. S. S. nos han permitido unir este descubrimiento a una serie de aplicaciones técnicas. Solamente se aplica técnicamente una cantidad limitada de materiales. Los físicos modernos conocen, no solamente compuestos y aleaciones, sino mezclas de las sustancias más heterogéneas (por ejemplo, parafina y hierro) y que poseen las propiedades más diversas. Indudablemente, los nuevos problemas técnicos necesitan nuevos materiales; y de tales materiales hay fuentes que aún no se han explotado.

Hasta ahora se ha hecho poco uso técnico de los procesos biológicos que, con

frecuencia, son más económicos y accesibles que los procesos de producción correspondientes. Asimismo se ha hecho poco uso de la enorme sensibilidad de las reacciones biológicas, que sobrepasan a la acción de los aparatos de laboratorio más exactos y costosos. Estos problemas serán resueltos por la ciencia del futuro.

Entre la gran variedad de formas de la próxima revolución técnica, citaré un ejemplo. La energía radiada que recibimos del sol, difiere, no sólo en cantidad, sino también en calidad, de la radiación reflejada de la tierra. Mientras la parte principal de los rayos solares posee ondas de 0'5 a 1 micrones (un micrón es igual a 0'0001 mm.) la radiación de la tierra se concentra en ondas de unos diez micrones. Las propiedades de la mayoría de los materiales con relación a estas ondas son muy diversas. Existe una serie de sustancias (llamémoslas cuerpos «A») que absorben casi completamente ondas de un micrón, y casi dejan de absorber ondas de diez micrones. La absorción se une a la emisión radial de las mismas ondas. También hay cuerpos («B») que son transparentes para ondas de un micrón y que casi no las irradian, pero absorben y emiten ondas de diez micrones. Imaginémos la tierra cubierta por una delgada capa de la sustancia «A». Absorbería la luz solar, pero radiaría poco. Como resultado obtendríamos un equilibrio positivo de energía radiada y la tierra empezaría a calentarse rápidamente. En países cálidos sería posible acelerar de este modo la cálida primavera, prolongar el período otoñal, acelerar la desecación de la turba, etc. Por el contrario, la sustancia «B» absorbe poca luz solar; pero la irradia intensamente, enfriando por la noche, y hasta condensando a veces, la humedad del aire. Las ropas y las casas impregnadas con la sustancia «B» se calentarían poco al sol y se enfriarían intensamente por la noche. ¿Cuántos usos podría hacerse de dicha sustancia en la agricultura, en la técnica y en la vivienda, y qué poco se ha hecho aún en este sentido!

Sería muy pesado enumerar todos los problemas técnicos que esperan un cambio radical y nuevos métodos para su solución. Muchos de éstos han sido ya trazados por la ciencia, aunque no se han aplicado técnicamente, ni en las naciones más avanzadas de la Europa Occidental ni en América. La razón es muy sencilla: el capitalismo moderno es incapaz de una revolución técnica. Esto sólo se realizará en el despertar de una revolución social como la que ha transformado a la bárbara y atrasada Rusia en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

A. F. Joffe

Acaba de aparecer

Jesuitismo y Masonería **(Dos ideales opuestos)**

por Matías Usero Torrente

Ex sacerdote misionero católico

La obra más completa hasta la fecha.

Nadie mejor que este autor, que ha vivido entre los jesuitas y masones, para escribir tan documentada polémica. El libro contiene riquísimo material inédito y ex-huma textos desconocidos en la actualidad.

250 páginas

4 pesetas

Ayuntamiento de Madrid



Reportaje sobre Rusia

Cuando se hace, aunque sea de una manera fugaz, un recorrido de largo kilometraje por un escritor que sea capaz de saber impresionar su temperamento de una manera rápida y sintética, es lo suficiente para que a su regreso pueda darnos la imagen positiva y real de todo lo que ha visto.

Este es el caso de Zugazagoitia, que hace un viaje rápido a través de Rusia y, a su vuelta, nos da en este libro (*Rusia al día*, Julián Zugazagoitia, Editorial España) una interpretación personal de la «marcha de la vida soviética».

Su obra —libro de reportajes— tiene entre otras cualidades, una importante: la sinceridad. Julián Zugazagoitia cuenta de una forma sintética lo que ha visto «sin pretender halagar la pasión comunista», pero tampoco sin desfigurarlo.

El sólo quiere dar una impresión personal sobre la U. R. S. S. desligada de toda intención política; en algunos momentos está conseguido, pero en otros, no.

Intercaladas entre el texto hay una serie de fotografías, que son un «testimonio vivo» de la gran obra que están realizando los soviets.

Una antología

En Alemania: el profesor Hellmuth Petriconi, en colaboración con Wilhlem Michels, acaba de publicar una *Antología de poesías líricas españolas*, en la *Sammlung Romanischer Übungstexte*. Volumen XVIII de la colección. El objeto de estos hispanistas es hacer «un modesto libro de texto»

para que sirva de guión en «algún que otro de los pocos cursos que se suelen en Alemania dedicarse a lecturas españolas».

Toda la gráfica que la calentura lírica nacional ha marcado, desde la Cantiga de loor de Santa María, de Alfonso el Sabio, hasta la Corrida de Toros, de Rafael Alberti, está dibujada con serenidad y buen pulso por el profesor Petriconi.

Los poemas escogidos, las poesías seleccionadas y las notas explicativas son la mejor prueba de sensibilidad y preparación de estos dos antologistas.

Guía espiritual del revolucionario

En las circunstancias actuales de orientación revolucionaria por las que pasa España, nada tan necesario y útil como este libro de técnica insurreccional (*Camino de la insurrección*, V. L. Lenin, Editorial Zeus) escrito por el hombre de octubre.

Es urgente que los que siguen de cerca el movimiento comunista, se documenten ampliamente y de una forma científica se preparen —«sin teoría revolucionaria no hay movimiento revolucionario posible»— para que un día próximo puedan dar con éxito su golpe de estado.

La vuelta del folletín

Pío Baroja toma este libro (*La familia de Errotacho*, Pío Baroja, Espasa-Calpe) por pretexto para presentarnos una serie de tipos «subalternos, del montón, moldeados por el ambiente y muchas veces sacrificados por las circunstancias» que él ha creado o simplemente retrata y analiza.

Este libro —primero de los tres que formarán la serie *La selva oscura*— es la narración fuerte y viril de los sucesos de Vera del Bidasoa, ocurridos durante la Dictadura.

Todo el dramatismo y toda la fuerza social de aquellos momentos está interpretada con un estilo desnudo y penetrante en esta novela.

El conflicto chinojaponés

Andrés Nin, movido por el «interés suscitado por los graves acontecimientos que se están desarrollando en extremo Oriente», ha escrito un folleto, limpio, ágil y movido (*Manchuria y el imperialismo*, Andrés Nin, Cuadernos de Cultura, Valencia), que sirve de guía a los que siguen con antipatía las «agresiones antisoviéticas» de los japoneses. Un folleto lleno de interés, documentación y visión del porvenir en China...

César Borgia en Madrid

Acompañado de su biógrafo, Paul Rival, llegó, hace unos días, César Borgia —cara pálida, chambergo ancho y barba puntiaguda— a Madrid por la línea Espasa-Calpe. (César Borgia, *Vidas extraordinarias*, Paul Rival.)

Traen en los vagones —húmedos y profundos— gran equipaje de anécdotas, y, a la mano, un pequeño maletín de auténtica historia.

A la estación bajó a esperarles su intérprete Luis López Ballesteros.

Nociones de Marxismo

Acaba de publicarse (Editorial Zeus, *Capitalismo y Marxismo*) un libro de gran interés para los que se inician en cuestiones marxistas.

Es una antología hecha a base de trabajos cortos de Marx, Engels, Bujarín, Lenin, Luxemburgo, etc., que servirá para orientar y dar una norma de trabajo a los que sólo tienen unas «nociones preliminares» de marxismo.

Otra vez el pistoletazo de Werther

Para conmemorar el centenario de la muerte de Goethe, se ha publicado en la colección de los libros románticos de la «Revista de Occidente», un libro suyo: *Penas del joven Werther*.

Es la primera vez que esta obra se puede leer en castellano. Las versiones anteriores eran imperfectas, mal presentadas y peor traducidas.

La edición de la «Revista de Occidente» está cuidada con arreglo a la costumbre de estas publicaciones. Con decir esto del libro, basta.

Para leer en los descansos

En la Colección *Clásicos Castellanos*, de Espasa-Calpe —antes *La Lectura*— se publican ahora dos comedias de Calderón de la Barca: «La devoción de la Cruz» y «El mágico prodigioso».

El tomo lleva un prólogo extenso y bien escrito, de Angel Valbuena.

ALVARO ARAUZ

Madrid.

Origen, desarrollo y trascendencia del movimiento sindicalista obrero, por Federico Fructidor. Tipografía «Cosmos». Barcelona.

Federico Fructidor fué un asiduo y malogrado colaborador de *Tierra y Libertad* y de *Solidaridad Obrera*. Por su competencia y su seriedad, por su dominio, era considerado como el más probable continuador de Anselmo Lorenzo.

Su obra póstuma —*Origen, desarrollo y trascendencia del movimiento sindicalista obrero*— le acredita de hombre documentado y ágil, de observador sagaz y de auténtico historiador del movimiento obrero.

Origen, desarrollo y trascendencia del movimiento sindicalista obrero es un libro que será leído con interés por todos los trabajadores, puesto que es la propia historia de los luchadores que buscan su emancipación por procedimientos revolucionarios.

Por sus páginas desfilan las personalidades, documentos y luchas de los primeros internacionalistas. Bakunin, Reclus, Fanelli, Marx, etc. Las tendencias de los colectivistas frente a las concepciones reformistas y parlamentarias. El proceso evolutivo de las primeras sociedades de resistencia, culminando en las grandes huelgas del sindicalismo revolucionario.

Origen, desarrollo y trascendencia del movimiento sindicalista obrero va precedido de un interesante prólogo de José Prat.

332 páginas de texto. Precio del ejemplar, 4'50 pesetas.

Hervor de tragedia, por Teófilo Ortega. Biblioteca Nueva.

«...labrador de ideas en Castilla» llamó Arconada al autor de este libro, pero no alcanzó hasta qué punto pueda ser feliz la imagen. Aventador de irrlanos, diría yo, en un voleo de sazón genérica y sin espasmos de temporalidad humana. La flecha, con ser tan aguda, se pierde; el arco, se ensimisma y duerme. El halcón, vuelve al puño del halconero; la idea sembrada, se soterra y calla. La idea, es el erizo que transmigra los mares de la inteligencia, y su locomoción, es punzante y dolorosa. La estrella de

mar, tiene la mentira, en su rotación, de las luces estelares.

En el llano palentino, Ortega, desde la piedra más alta de su atalaya estratificada de hervores, clamores, pasiones y entelequia, lanza sus libros que son eutrapelia de sus clamores espirituales.

¿Cuántos nidos de cigüeña sobre los campanarios? ¿Dónde el «crepuscular sosiego de la Castilla» (de la ligereza mujeril de Rosa Arciniega)? La cigüeña, empolla sus huevos. Ave, oro. Empalladura, calor, hervor, hoguera. Algunas veces, fuego fatuo, fantasmas de Castilla.

«Vida pasión y muerte de Calixto y Melibea.» La Celestina, vieja y nueva en sus amañes, se ha repetido, lo de conocer el amor, por no haber amado nunca, mas el mito, no gana su perdurabilidad, con nociones e inexpertas pruebas, sino con la ciencia y conciencia. Dulce, empecatada, agria y con tufo de pergamino, en el libro inmortal, y en los pliegos, donde ha sido «materia y símbolo» para Teófilo Ortega, el del «vuelo y surco de Teresa», en el «en torno a la vida y la obra de A. Machado», en «¿Adónde va el siglo?», y en el «Alerta... pues creo, palentino Ortega, del apartado 54, que «no faltará a la cita»...

¡También América!, por Campio Carpio. Editorial Luz y Libertad. Buenos Aires.

La lucha entre la plutocracia y la libertad, dice su sustituto, y, en verdad, es el noticiario escandalosísimo y deprimente de la «vida de sociedad» del proletariado americano, que tiene próximos parientes, por no ser menos, por todos los meridianos y paralelos del globo, ese bombo, que no manejan manos de hospiciano.

Campio Carpio, sin «linchar» las ocurrencias, las hace perennes en su libro, que no se olvidará, aunque le quemem la edición. ¡Campio Carpio, eres un hombre!

Claman en su libro los diez millones de indios que ha costado a la Humanidad el descubrimiento de América; las equivocaciones de Crozzals y del jesuita Las Casas; las mentiras de la caridad, la fe y el amor; las víctimas de los reyes «vasallos eternos de la justicia divina»; la mentira de la libertad americana; el Perú de los frailes; el chiste de un coronel peruano, que quería detener a Kropotkin, creyéndolo indígena; el poder homicida de los millones de Wall Street, que impone «su imperio invisible»; los socialcamaleones del socialismo mejicano; el disparo certero del libro de Rafael Barret *El terror argentino*; el Colt y el Winchester, tablas de la ley, en Misiones; los insultos a la primera *Convención Internacional del Magisterio*, en Buenos Aires; el préstamo de los Estados Unidos a la América latina, en un total de 336.008.300 dóla-

res; el monroísmo en Europa, Asia y Oceanía. ¡Y la guerra por y contra el imperio del capitalismo!

¿Quién le cortará la cabeza al águila dicé-tala? ¡Hermanos de América, seremos todos! ¡Con la levadura de este libro, se pueden hacer muchos panes de revolución, para mezclarlo con los peces!...

«Rabassa morta», por el Dr. Diego Ruiz. Barcelona.

¿Qué es la «rabassa»? «Una asociación de dos personas, una de las cuales entrega a la otra una parcela de tierra «improductiva», que mediante el «trabajo» del que recibe la tierra, la convierte en «productiva» y, al verificarse esta transformación, el socio «productor» entrega al socio «no productor» una parte de lo que la tierra ha producido.»

La «rabassa» es una infamia, una vergüenza, un crimen colectivo, que no siendo exclusivamente cuestión de Cataluña, significa para ésta toda la cuestión agraria, vergonzosa e intolerable, entre la infelicitísima masa obrera del campo y el cinismo de la Cataluña-Usura. Es la tolerancia de injusticias y esclavismos como los de Urgell, Segriá, Les Sarrigues, los latifundios de Suchs, Montagut, Giménez. El «rabassaire» es la clase ascendente de Cataluña. Es la denuncia de los 30.000 niños sin escuelas, en Barcelona. Es la protesta de la tierra que ve «el cielo como un insulto (Marx)» o como un «enjambre de moscas».

Los Borbones de España, por Gonzalo de Reparaz (hijo). Javier Morata, editor. Madrid.

Si según Maurras, las reatas de los reyes trajeron las patrias, es hora de que se maldigan los huevos, las gallinas y las empalladuras por las secuelas. ¿Creo que no habrá sido por evitar mal mayor? ¡Sería imperdonable!

Liquidado los reyes, se liquidarán los lacayos y demás servidores... mártires. ¿Nosotros o ellos?

Este libro es como la barraca de los monstruos, el museo anatómico —no de cera— donde se enseña —sólo para mayores de edad: hombres— el ordenado proceso de los estigmas degenerativos que han contaminado al pueblo español, desde la fatídica fecha de 1700.

Se fueron, con su hemofilia, con su renitis tuberculosa, con su sordomudez y con los cuartos.

¿Nosotros? Con los huevos... y con los artículos de don Miguel de Unamuno, el premio «Babía», el «comedioso» holgar de don Jacinto... y el «España» de Eremburg.

M. ALEJANDRO

CUADERNOS DE CULTURA

Publicación
quincenal

Verdadera y única enciclopedia popular al alcance de todas las inteligencias
y de todas las fortunas

PRECIO: 60 CÉNTIMOS

Cada mes dos elegantes tomos, de nutrido texto, conteniendo una materia bien seleccionada y sistematizada que le ayudará a formar su cultura, sin grandes quebraderos de cabeza. He aquí los títulos publicados:

- 1.—Socialismo, por Marín Civera.
- 2.—Introducción a la Filosofía, por Fernando Valera. (Agotado.)
- 3.—Universo, por el Dr. Roberto Remartínez. (Agotado.)
- 4.—Liberalismo, por Fernando Valera. (Agotado.)
- 5.—La formación de la Economía Política, por Marín Civera. (Agotado.)
- 6.—Sistemas de gobierno, por Mariano Gómez y González
- 7.—Higiene individual o privada, por el Dr. Isaac Puente. (Agotado.)
- 8.—Escritores y Pueblo, por Francisco Pina.
- 9.—Sindicalismo, por Angel Pestana. (Agotado.)
- 10.—La Vida (Biología), por el profesor Luis Huerta. (Agotado.)
- 11.—Nuestra casa solariega (Geografía), por Gonzalo de Reparaz.
- 12.—Cómo se forma una biblioteca, por Carlos Sáinz de Robles.
- 13.—Monarquía y República, por Alicia Garcitoral.
- 14.—América antes de Colón, por Ramón J. Sender.
- 15.—La familia en el pasado, en el presente y en el porvenir, por Edmundo González-Blanco.
- 16.—La dramática vida de Miguel Bakunin, por Juan G. de Luaces.
- 17.—Uso y abuso de la tierra, por Emilio Palomo.
- 18.—La Escuela Única, por José Ballester Gosalvo.
- 19.—Democracia y Cristianismo, por Matías Usero.
- 20.—Introducción al estudio de la Historia Natural, por Enrique Rioja.
- 21.—Salvador Seguí ("Noy del Sucre"), por José Viadiú.
- 22.—El mundo de habla española, por Leopoldo Basa.
- 23.—El romancero español, por Ramón de Campoamor Freire.
- 24.—La vida de las plantas, por Emilio Guinea López.
- 25.—Por la Escuela Renovada, por Carmen Conde.
- 26.—La Dictadura, la Juventud y la República, por Lázaro Somoza Silva.
- 27.—Gabriel Miró (El escritor y el hombre), por Juan Gil-Albert.
- 28.—Cómo nació España (Primero de la Historia popular de España), por Gonzalo de Reparaz.
- 29.—El logro de nuestro tiempo. ¿Revolución?, por Antonio Porras.
- 30.—El problema social en las democracias, por Augusto Villalonga.
- 31.—Pablo Iglesias (De su vida y de su obra), por Julián Zugazagoitia.
- 32.—Sexo y Amor, por Hildegart.
- 33.—Disciplina de la liberación, por Fernando Valera.
- 34.—El desarme moral, por Rodolfo Llopis.
- 35.—El impuesto y los pobres, por Julio Senador Gómez.
- 36.—Teresa de Jesús lejos de la Santidad y del histerismo, por Teófilo Ortega.
- 37.—Higiene de la primera infancia (Fuericultura), por Luis Valencia.
- 38.—Una mujer capaz: Teresa de Jesús, por Teófilo Ortega
- 39.—Los Separatismos, por S. Montero Díaz.
- 40.—La Anarquía, por Sebastián Faure.
- 41.—La Revolución Sexual, por Hildegart.
- 42.—Los microbios y la infección, por el Dr. Isaac Puente.
- 43.—El Sufragio Universal, por Joaquín Coca.
- 44.—La trágica lucha entre el Korán y el Evangelio, por Gonzalo de Reparaz.
- 45.—Azorín (De su vida y de su obra), por José Alfonso.
- 46.—El esfuerzo ruso: La revolución Agraria, por M. Farbman.
- 47.—La Religión de la Humanidad, por Matías Usero Torrente.
- 48.—La tierra de España y la Reforma agraria, por Pedro González Blanco.
- 49.—El peligro religioso, por Matías Usero.
- 50.—La economía de la República Española, por J. Millet Simón.
- 51.—Manchuria y el imperialismo, por Andrés Nin.
- 52.—El comunismo libertario expuesto por un ingeniero español, por Alfonso Martínez Rizo.
- 53.—Fascismo, por Santiago Montero Díaz.
- 54.—El envenenamiento de las masas por la Historia, por Gonzalo de Reparaz (hijo).
- 55.—Misioneros, negreros y esclaves, por Emilio Carles.



En el número 56, correspondiente al 31 de mayo, publicará

LA VIDA SEXUAL DE LA MUJER

por la

Dra. Amparo Poch y Gascón

CON GRABADOS

Suscripción: Pesetas 5'50, cada 10 números.—Pida el título que le interese y se le enviará contra reembolso, cargando 0'50 ptas. por gastos de correo y certificado.—Se desean corresponsales para la difusión de esta obra de cultura.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: LUIS MOROTE, 44. - VALENCIA

Ayuntamiento de Madrid

E D I C I O N E S

ORTO

Luis Morote, 44 - VALENCIA - España

MARIN CIVERA

el sindicalismo

historia - filosofía - economía

3 pesetas

HILDEGART

paternidad voluntaria

guía práctica de los medios
para evitar el embarazo

2 pesetas

JOSÉ LÓPEZ TOMÁS

plan financiero quinquenal de la república española

5 pesetas

RAMÓN J. SENDER

teatro de masas

2 pesetas

acaba de aparecer

jesuitismo y masonería

(dos ideales opuestos)

por Matías Usero Torrente

ex sacerdote misionero católico

250 páginas — **4 pesetas**

no deje de adquirir

sexualismo revolucionario

(amor libre)

por E. ARMAND

magníficamente presentado — **2'50 pesetas**

Pídalos a su librero
o contra reembolso

Ayuntamiento de Madrid